Capítulo tercero

El Magreb

Marín Bello Crespo
General de Brigada de Infantería (R)
Licenciado en Geografía e Historia

Introducción

El término Magreb (*territorios de Poniente,* en árabe) se aplica al espacio geográfico más al oeste del mundo musulmán. El Magreb histórico comprende los actuales Estados de Marruecos, Argelia y Túnez. El Magreb actual o Gran Magreb abarca también los Estados de Libia y Mauritania, además del Sáhara Occidental, cuyo estatuto político aún no es definitivo.

Desde el punto de vista de la seguridad, el Magreb es un área de importancia primordial para España, por lo que cabe afirmar que un Magreb inestable significa una España amenazada. En efecto, este espacio geográfico, tan diferente a nuestro país en términos culturales, políticos y económicos a pesar de los indudables lazos de todo tipo forjados a lo largo de siglos de relación, constituye en su integridad la frontera sur de la Península y Baleares y la oriental de nuestras islas Canarias, y sus vicisitudes y problemas no pueden por menos de incidir de forma importante en los nuestros.

Prácticamente todas las graves amenazas que se ciernen hoy en día sobre el mundo globalizado en que vivimos se hallan presentes, en mayor o menor medida, en los Estados que constituyen el Magreb: el tráfico ilegal de personas, drogas y armas; la emigración incontrolada, el crimen organizado, el terrorismo islámico, la inseguridad y el subdesarrollo económicos, la inestabilidad interna, las tensiones entre Estados vecinos,

las disputas territoriales no resueltas y la falta de cohesión social. Todas ellas, unidas a los problemas derivados del cambio climático, generan un escenario de incertidumbre que merece una toma en consideración tanto en el ámbito del Magreb en su conjunto como individualizada para cada uno de los países que lo conforman.

Terminada la guerra fría, el fundamentalismo islamista y los grupos y organizaciones armadas que practican en todo el mundo el *terrorismo yihadista* representan la mayor amenaza mundial contra la paz y el orden internacionales, y particularmente la mayor amenaza contra Occidente, que, tras los atentados de Nueva York, Madrid y Londres, ha resuelto combatir a dichos grupos allá donde se encuentren, entendiendo que la seguridad interior de cada uno de los Estados, en un mundo cada vez más convertido en una *aldea global,* se preserva y defiende allá donde el enemigo se encuentra. Es el caso del esfuerzo realizado por una amplia coalición de países en Afganistán para derrotar a los fundamentalistas, mejorar las infraestructuras y dotar al país de instrumentos de seguridad para mantener por sí mismo el Estado de derecho y sus propias instituciones.

En estos momentos, la amenaza de Al Qaeda y otros grupos afines se ha materializado al sur del Magreb, en Malí, Níger y otros países del Sahel. La permeabilidad de las fronteras de estos países con los del Magreb, con grandes espacios desérticos difíciles de cubrir y controlar, hacen previsible que la amenaza penetre en estos últimos y aproveche sus vulnerabilidades políticas, sociales, económicas y de seguridad para intentar sumirlos en el caos. Mauritania es el más expuesto, pero Marruecos y Argelia están también amenazados; el atentado de Casablanca en 2003 y el ataque y toma de rehenes en la refinería argelina de In Amenas en enero de 2013 son claras muestras de ello. Las tensiones en Túnez y Libia, derivadas de sus recientes revoluciones internas, abonan el caldo de cultivo fundamentalista y amenazan su precaria estabilidad. La cuestión no resuelta del Sáhara Occidental es un asunto espinoso en el ámbito internacional y un foco de tensión permanente entre Marruecos y Argelia, con profundas consecuencias en las perspectivas de integración del Magreb y, por tanto, en las economías de todos los países que lo integran. En suma, toda la región magrebí es susceptible hoy en día de recibir agresiones terroristas y ataques contra su población y sus infraestructuras, y también contra ciudadanos e intereses extranjeros, así como de intentos de desestabilizar a los Gobiernos establecidos.

Tampoco hay que olvidar la existencia de importantes comunidades de origen magrebí en prácticamente todos los países de Europa, y particularmente en España, donde también ejercen su acción las organizaciones terroristas yihadistas. Sin implantación interna de estas no se entienden los atentados de Madrid y Londres. La crisis económica y de valores y el desarraigo y frustración de estas comunidades en las sociedades donde

habitan son un semillero de potenciales terroristas y una amenaza cierta para ser tenida en cuenta. A este respecto hay que señalar la excepcional importancia de neutralizar cualquier foco yihadista en nuestras ciudades africanas de Ceuta y Melilla y el control de cualquier actividad fundamentalista en las islas Canarias por su proximidad a las costas occidentales de África del Norte.

En este contexto, el conocimiento integral de la realidad del Magreb en su conjunto y de las capacidades y vulnerabilidades de cada uno de los países que lo constituyen, así como las amenazas y riesgos que enfrentan, es una herramienta esencial para prevenir y gestionar posibles crisis en el marco de la ONU, de la Unión Europea y de las organizaciones internacionales de seguridad a las que España pertenece, y cooperar en dicho marco, en su caso, para asegurar con cuantos medios sean necesarios la seguridad de nuestra nación y la de sus vecinos del norte de África.

El presente trabajo está dividido en dos partes: la primera es un análisis global del espacio magrebí, que se asienta en su realidad como unidad histórica secular, dotada con rasgos físicos, climáticos, humanos, religiosos, políticos, culturales y sociales compartidos. Pero, al mismo tiempo, las vicisitudes de los Estados que hoy lo constituyen, y muy especialmente el hecho colonial, han modelado sociedades específicas y climas sociales diferenciados que no permiten aplicar los mismos parámetros a cada uno de ellos. En efecto, en el Magreb se encuentran viejos países como Marruecos y estados de reciente creación, como Mauritania. Tampoco es riguroso analizar bajo el mismo punto de vista la problemática de Libia, recién salida de un sangriento conflicto interno, con la del Sáhara Occidental, aún pendiente, como se ha mencionado antes, de un estatus político definitivo.

Por esos motivos, la segunda parte se dirigirá a enfocar la realidad específica de cada uno de estos países prestando especial atención a los marcos político, económico y militar, a la incidencia de las amenazas antes citadas en sus sociedades, a las consecuencias posibles para la seguridad de España y a una consideración de las posibles medidas que adoptar para minimizar los riesgos que una inestabilidad general o específica en el ámbito magrebí podría generar en nuestro país.

El Magreb como unidad geográfica

El territorio del Magreb objeto del presente estudio constituye un espacio geográfico con una extensión de 6.049.545 km^2, repartida, de mayor a menor superficie, entre Argelia (2.381.740 km^2), Libia (1.759.540 km^2), Mauritania (1.030.700 km^2), Marruecos (446.550 km^2), el Sáhara Occidental (267.405 km^2) y Túnez (163.610 km^2). La región se extiende, en latitud, entre los 16 grados norte del sur de Mauritania y los 37 grados norte de la

costa septentrional de Túnez, y en longitud, desde los 25 grados este de la frontera de Libia con Egipto a los 16 grados oeste del extremo más occidental de Mauritania. La región está, pues, centrada alrededor del trópico de Cáncer y del meridiano de Greenwich (que pasa por Orán), con el desierto del Sáhara al sur y las cinco sextas partes del territorio ubicadas sobre la llamada *gran placa africana,* lo que condiciona de forma importante su relieve y su clima. Las costas están bañadas por el mar Mediterráneo, que comparte con el océano Atlántico la costa marroquí. Los litorales de Mauritania y del Sáhara Occidental son únicamente atlánticos.

El relieve

En el relieve del Magreb se pueden distinguir cuatro grandes conjuntos:

1) La cordillera del Atlas, que se extiende a lo largo de unos 2.400 kilómetros desde el suroeste de Marruecos hasta el nordeste de Túnez. Su pico más alto es el Toubqal, en el suroeste marroquí, con 4.167 metros.
2) El desierto del Sáhara, que ocupa casi el 80% de la superficie de la región.
3) La fértil franja costera entre las montañas y el mar.
4) La zona de transición entre las montañas y el desierto.

Marruecos, Argelia y Túnez comparten, en mayor o menor medida, estos cuatro rasgos del relieve. El sistema del Atlas no está presente en el Sáhara Occidental, Libia y Mauritania, donde las arenas del desierto llegan prácticamente hasta la costa.

El clima y la vegetación

Las condiciones climáticas mediterráneas dominan las regiones costeras de Marruecos (tan solo el litoral septentrional), Argelia, Túnez y Libia. De septiembre a mayo las precipitaciones son lo suficientemente abundantes en algunos lugares como para permitir el desarrollo de la agricultura sin necesidad de regadío. El resto del año es cálido y seco, dominado por sistemas climáticos saharianos que generan vientos conocidos indistintamente como siroco, cheheli o chergui. En los meses de verano las temperaturas son muy elevadas, mientras que las noches de invierno pueden llegar a ser extremadamente frías.

El desierto, que se caracteriza por unas precipitaciones anuales inferiores a 150 milímetros e incluso a 100 milímetros, ocupa todo el territorio del Sáhara Occidental, entre el 80% y el 90% de Argelia, Mauritania y Libia, cerca del 40% de Túnez y un poco menos de la cuarta parte de Marruecos. Las temperaturas superan los cuarenta grados a lo largo de todo el año, con grandes oscilaciones térmicas entre el día y la noche,

con temperaturas nocturnas que pueden aproximarse a los cero grados. El desierto del Sáhara magrebí es, en esencia, una gran llanura, con una altitud media en el interior entre doscientos y quinientos metros, surcada por algunas elevaciones notables que pueden superar los 3.000 metros en el macizo del Hoggar argelino o los 2.000 metros en el Tibesti libio.

El Sáhara tiene una vegetación escasa; predominan, allí donde se encuentran, las plantas y arbustos resistentes a la sequía. Los oasis y unos pocos uadis permiten la existencia de cultivos y palmeras en algunos lugares, escasos y de poca extensión.

En las regiones semidesérticas del Magreb, las precipitaciones, ligeramente superiores, permiten el crecimiento de plantas propias de climas áridos, como espinos y esparto, así como de algunos cultivos a lo largo de los cursos fluviales. La mayor parte de los bosques originarios de la región han sido talados.

La hidrografía

Salvo el río Senegal, que constituye un tramo de frontera entre el país del mismo nombre y Mauritania, ninguno de los grandes ríos africanos cruza el Magreb. La red hidrográfica más importante es la marroquí, fundamentalmente la que vierte al Atlántico. En Mauritania, Argelia y Túnez la mayoría de los ríos llevan agua solo esporádicamente. Sin embargo, en el subsuelo del Sáhara existen grandes bolsas de agua estancada desde antes del cuaternario, que constituyen la fuente de alimentación de los pozos de los oasis y del desierto. En Libia, una extensión de agua subterránea de entre 100.000 y 150.000 kilómetros cuadrados ha dado lugar a la construcción del Gran Río Artificial, que proporciona agua a las ciudades y al Sáhara por medio de más de 1.500 pozos, algunos de ellos con más de quinientos metros de profundidad.

Como característica común de la hidrografía magrebí se puede destacar la irregularidad de los caudales, la existencia de una estación seca y de otra húmeda que se caracteriza por la brutalidad y torrencialidad de las crecidas y, finalmente, por la escasa capacidad de los ríos para evacuar una parte significativa de las aguas que vierten a sus cuencas, como consecuencia de las filtraciones y de la alta evaporación.

El Magreb como entidad histórica, cultural y política

En el documento fundacional de la Unión del Magreb Árabe (UMA), organización creada en febrero de 1989 en Marrakech por los cinco Estados que lo constituyen para impulsar la unión y la interacción económica entre ellos, se reconocen los «lazos sólidos que unen a los pueblos del Magreb árabe y que se fundamentan en la comunidad de historia, de religión y de

lengua». El que, desde 1994, la organización no haya vuelto a celebrar una cumbre, debido, fundamentalmente, a la rivalidad entre Marruecos y Argelia por la cuestión del Sáhara Occidental, no rebaja un ápice las profundas raíces comunes de los pueblos magrebíes forjadas a lo largo de los siglos. Sin embargo, las circunstancias históricas específicas de cada uno de ellos en la Edad Moderna, el colonialismo, el nacionalismo recobrado tras la independencia, los recursos naturales, las diversas estructuras estatales y las migraciones han conformado sociedades con características diferentes, aunque los Estados comparten, en diverso grado, unos rasgos políticos comunes de autoritarismo, corrupción, debilidad institucional y desarraigo social que hacen de la región y de los países que la forman un área muy vulnerable a las amenazas del terrorismo yihadista, el tráfico de drogas y de personas, el crimen organizado y la penuria económica endémica como resultado de una demografía galopante que supera y ahoga las perspectivas de crecimiento económico.

La acción militar exterior en el Magreb ha sido una constante desde el comienzo de la historia hasta la segunda mitad del siglo xx. Es relevante realizar un rápido repaso de los diferentes períodos históricos para comprender las singularidades de cada uno de los países magrebíes, el espacio geográfico que ocupan, sus circunstancias actuales y el peso de los acontecimientos históricos en la conformación de su conciencia nacional.

La huella de Cartago y Roma. La provincia Romana de África. Los Reinos de Numidia y Mauritania

El imperio cartaginés, con centro en ciudad de Cartago, fundada entre el 825 y el 820 a. C., ocupaba el actual Túnez casi en su totalidad y ejercía su dominio en la costa magrebí hasta más allá de la actual Tánger. Tras su desaparición a manos de Roma en el 146 a. C., los romanos instituyeron la provincia romana de África sobre el territorio de Cartago, ocupando aproximadamente la superficie del actual Túnez. Desde el siglo iv a. C. ya existía el reino de Mauritania, y desde el final de la segunda guerra púnica, el de Numidia, estrechamente unido al anterior tanto en cultura —la bereber— como en historia. Ambos ocupaban los territorios de los actuales Marruecos y Argelia aproximadamente. El colapso del Imperio romano dio lugar a la invasión de vándalos y visigodos, y a la ocupación posterior por parte del Imperio bizantino de la franja costera magrebí desde Egipto hasta el estrecho de Gibraltar.

La invasión árabe. Dinastías locales. El papel del Imperio Otomano. Los piratas berberiscos

En el siglo vii se produjo la gestación y consolidación del islam en la península arábiga, y comenzó su expansión por medio de las expediciones

y conquistas de los ejércitos árabes. En el 670 se fundó Kairuán, en el actual Túnez. En el 705, Musa Ibn Nusayr fue el primer gobernador omeya de la antigua provincia romana de África, llamada Ifriqiya a partir de ese momento. En el 711 culminó la conquista del Magreb hasta Tánger y los primeros contingentes de bereberes islamizados cruzaron el Estrecho hacia la península ibérica dirigidos por Tariq ibn Ziyad. Terminada la conquista militar y convertida al islam una parte significativa de la población bereber, dio comienzo la consolidación del poder omeya sobre un territorio parcialmente insumiso, como había ocurrido con los ocupantes anteriores desde Cartago.

Las distancias con los centros de poder de los califatos omeya y abasí produjeron con el tiempo la instauración de dinastías locales en los territorios del Magreb, fundamentalmente la de los fatimíes, que dominó el norte de África desde el 909 al 1171, excepto Marruecos, donde el emirato idrisí de Fez se independizó en el siglo IX, constituyendo una dinastía y un reino propios. En 1117 el imperio fatimí fue de nuevo incorporado por Saladino al califato ayubí, mientras Marruecos continuaba su andadura independiente.

Bajo el reinado de Solimán el Magnífico, entre finales del siglo XV y mediados del XVI, el imperio otomano conquistó el Magreb, excepto Marruecos, e instauró provincias regidas por gobernadores en Libia, Túnez y Argelia. Desde entonces y durante un siglo, los otomanos disputaron con España por la supremacía en el Mediterráneo. A comienzos del siglo XVIII su influencia languideció y surgieron dinastías locales en las provincias magrebíes del Imperio.

La falta de control territorial de los sultanes otomanos, en unos casos, y su interés en hostigar las costas españolas, en otros, dieron lugar al auge de los piratas y los corsarios berberiscos, que tuvieron su época de máximo esplendor en el siglo XVII, aunque la práctica de la piratería basada en las costas magrebíes se remonta a los tiempos de Roma. Desde las numerosas bases de la costa mediterránea y atlántica septentrional de África —Tánger, Salé, Vélez de la Gomera, Orán, Túnez, Argel y otras—, la piratería berberisca azotó durante siglos las costas españolas e italianas, llegó hasta el mar del Norte y amenazó el tráfico marítimo tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico. Hasta principios del siglo XIX se mantuvo esta amenaza, que acabó definitivamente hacia 1830, con la ocupación y posterior colonización de Argelia por Francia.

La presencia portuguesa. La acción militar de España

Entre los siglos XV y XVII, a partir de la conquista de Ceuta por Portugal en 1415, los portugueses fueron jalonando de plazas fuertes la costa atlántica de Marruecos. A Ceuta le siguieron Tánger, Alcazarquivir, Arcila, Maza-

gán, Safi, Agadir, Aguz, Mogador y Azemmour. Por su parte, España, con sus costas mediterráneas constantemente amenazadas por la piratería berberisca, ejerció, principalmente desde el fin de la Reconquista, una acción militar continuada sobre las costas del Magreb, fundamentalmente para ejercer el control sobre la costa y destruir las bases y refugios de los piratas. Durante la segunda mitad del siglo xv y la primera del xvi, España ocupó sucesivamente Melilla (1497), Cazaza y Mazalquivir(1505), el peñón de Vélez de la Gomera (1508), Orán (1509), el peñón de Argel, Bugía y Trípoli (1510), Bona, Bizerta, Túnez y La Goleta (1535). La acción militar española ha sido incesante tanto en la costa mediterránea como en la atlántica hasta 1975; no hay que olvidar la ocupación española de Ifni y el Sáhara Occidental en 1934.

Ceuta y Melilla. Territorios españoles en la costa del Magreb

Ceuta, la romana Septem Fratres, que había pertenecido al reino visigodo antes de la invasión musulmana, fue ocupada por Portugal en 1415 y es española desde la separación de los reinos de Portugal y España en 1640. Melilla fue ocupada en 1497 por Pedro Estopiñán y perteneció al ducado de Medina Sidonia hasta 1556, cuando pasó a la Corona de España.

Actualmente, junto con Ceuta y Melilla, España posee varias islas e islotes en la costa marroquí: los peñones de Alhucemas y Vélez de La Gomera, las islas Chafarinas frente a la desembocadura del río Muluya en la frontera argelino-marroquí, y la isla Perejil.

La existencia de estos territorios españoles, reivindicados permanentemente por Marruecos, genera de forma intermitente estados de tensión en las relaciones entre España y el reino marroquí, aunque por ambas partes se reconoce explícita e implícitamente que su inevitable relación especial en los aspectos políticos, económicos y de seguridad está por encima de los ocasionales desencuentros producidos por esta cuestión.

La colonización: luces y sombras

Todos los países del Magreb han sido colonias de facto de países europeos. Marruecos, dividido en dos zonas: una al norte, protectorado de España, y otra al sur, protectorado de Francia, entre 1912 y 1956. Argelia fue ocupada en 1830 y considerada parte de Francia hasta 1962, año en que accedió a la independencia. Túnez también fue ocupado por Francia de 1881 a 1955. Libia fue colonizada por Italia desde 1912 hasta su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Mauritania fue ocupada por Francia desde 1902 hasta 1960. La penetración española en el Sáhara Occidental comenzó en 1885, y los acuerdos con Francia de 1900, 1904 y 1920 establecieron los límites de las zonas de influencia. En 1975 el territorio fue dividido y entregado a Marruecos y Mauritania.

La colonización alteró profundamente la organización política y social de las sociedades del Magreb. Las infraestructuras y las técnicas de producción agrícola, minera e industrial se modernizaron, al mismo tiempo que se dotó a los países de unas pautas políticas, económicas y administrativas propias de las sociedades de los colonizadores, pero al precio de una intrusión importante en las condiciones de vida y en las relaciones no solo entre la potencia colonizadora y el país colonizado, sino en su propio entramado social. En todo el Magreb se produjo un aluvión de colonos europeos y se crearon sociedades foráneas con intereses ajenos, cuando no contrarios, a los de la población, que provocaron en muchos casos una ruptura traumática con el régimen económico anterior en detrimento de amplios sectores locales, provocando desplazamientos masivos y generando profundos sentimientos de rechazo a la ocupación.

La colonización provocó también un reforzamiento de la conciencia nacional de los países basado en la resistencia a los ocupantes, y un anhelo general por la independencia que cristalizó en estructuras políticas similares a las de las potencias coloniales, que dejaron su impronta al marcharse, de modo que los sistemas políticos de los países magrebíes están influidos de modo importante por los de sus antiguos colonizadores. Salvo Marruecos, que continuó con su secular régimen monárquico tras la independencia, Argelia, Túnez y Mauritania se convirtieron en repúblicas presidencialistas en un claro remedo del modelo francés. Libia, tras el golpe de Estado del coronel Gadafi, que derrocó al rey Idris, devino en una república islámica nominal y una férrea dictadura sostenida por una estructura clánica y tribal en la práctica. El poso anticolonialista de esas sociedades, cuyos regímenes sostienen por otra parte relaciones de amistad y colaboración con las antiguas potencias, constituye un factor de sensibilidad que puede influir de forma importante en las políticas de colaboración en temas de seguridad.

La lucha por la independencia

Las condiciones coloniales impulsaron un sentimiento colectivo que comenzó reivindicando condiciones de participación política, de vida y de trabajo iguales a las de los colonos extranjeros y cristalizó en una pugna política y armada por la independencia. En Marruecos, desde el inicio del protectorado dual franco-español, los rifeños libraron una durísima guerra en el norte contra las tropas españolas reivindicando una república del Rif independiente de Marruecos, mientras Francia sofocaba focos de insurgencia en su zona; Argelia libró una cruenta guerra de independencia de 1954 a 1962, fecha en que la consiguió. También Túnez, bajo el liderazgo de Habib Burguiba obtuvo la suya en 1955, mientras la de Libia llegó como consecuencia de la derrota italiana en la Segunda Guerra Mundial. Mauritania, ocupada por Francia en 1902, es independiente

desde 1960. El Sáhara español fue dividido entre Marruecos y Mauritania por el Tratado de Madrid en 1975. Mauritania renunció poco después, en 1979, al territorio saharaui que le otorgaba el tratado. Proclamada por los saharauis su independencia como República Árabe Saharaui Democrática (RASD), su brazo armado, el Frente Polisario, libró una guerra con Marruecos, actual potencia administradora, hasta la firma de un alto el fuego entre ambos contendientes en 1991. Actualmente el estatus político del Sáhara está por decidir, mientras miles de refugiados saharauis viven en condiciones precarias en territorio argelino, donde la RASD, reconocida por ochenta y un países, reivindica su papel de gobierno legítimo de la antigua colonia española.

En todos los casos menos en Libia y Mauritania, la independencia se alcanzó articulando la cohesión nacional, la resistencia y, en su caso, la lucha armada, en torno a personajes emblemáticos: el rey Mohamed V en Marruecos, Ahmed Ben Bella y el FLN en Argelia, Habib Burguiba en Túnez, Ahmed Ould Daddah en Mauritania y Bassiri El-Uali Mustafa Sayyid en el Sáhara Occidental. De un modo u otro, estos personajes carismáticos modelaron los Estados nacientes, y su legado aún se mantiene en los aparatos estatales y en las sociedades que lideraron.

Los sistemas políticos. Rivalidades y diferencias. Los retos de la integración magrebí

Salvo la monarquía marroquí, el resto de los países del Magreb ha adoptado la república como forma de Estado. La Constitución de la Unión del Magreb Árabe (UMA) fue un intento de cohesionar la región y buscar solución a las rivalidades entre Estados, singularmente la existente entre Marruecos y Argelia, basada en tres factores importantes: la pugna por la hegemonía en el Magreb, el conflicto fronterizo no resuelto en el sur de su frontera común, y que ha dado lugar en el pasado a choques armados entre los dos ejércitos, y el contencioso saharaui, sobre el que ambos mantienen posiciones absolutamente divergentes.

Precisamente esta rivalidad mantiene inoperante la UMA, que no celebra una cumbre de jefes de Estado desde 1994. La fractura entre Argelia y Marruecos tiene una importancia determinante en la articulación política y económica de la región, rota en sus pivotes. También en sus relaciones con el mundo exterior, singularmente con la Unión Europea, y del mismo modo con España. Las políticas europeas hacia el Magreb se ven forzadas, especialmente en temas de seguridad y defensa, hacia la bilateralidad con cada uno de los países que lo conforman, pese a la existencia de diversos foros multilaterales que abordan de modo global las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo en todos los aspectos, como la Unión para el Mediterráneo (Proceso de Barcelona), o el Diálogo 5+5, que agrupa a cinco países mediterráneos europeos (Francia, Italia,

España, Portugal y Malta) con los cinco Estados magrebíes. Marruecos, Argelia, Mauritania y Túnez, junto con Egipto y Jordania, son miembros del foro de cooperación Diálogo Mediterráneo (MD), creado por la OTAN en 1994, al que Libia fue invitada en 2012. En todo caso, las relaciones de la OTAN con cada uno de los países que lo forman se basan, en la práctica, en acuerdos bilaterales.

En las cuestiones que afectan a la seguridad y la defensa, esta bilateralidad impide configurar un marco común que permita una aproximación de conjunto a las amenazas globales que gravitan sobre los países mediterráneos, una mayor eficacia en el planeamiento y un coste menor de los dispositivos militares y policiales. Recientemente se han puesto en marcha iniciativas de coordinación militar, como el Comité de Estado Mayor Conjunto Operativo (CEMOC), creado en 2010 con sede en Tamanrasset (Argelia), entre los Estados Mayores de Argelia, Malí, Níger y Mauritania.

En definitiva, pese a estos esfuerzos, la integración magrebí tal como se proyectó en el documento fundacional de la UMA es, hoy por hoy, una quimera. La Unión Europea considera que la no integración tiene un impacto negativo sobre los países del Magreb de entre un uno y un dos por ciento de sus PIB, que en la realidad es mayor porque afecta de modo importante a la seguridad y al desarrollo humano de sus poblaciones. En la situación actual de no-Magreb, es muy difícil superar los retos del futuro y rebajar la hoy abismal sima económica que separa la orilla sur del Mediterráneo de sus vecinos de la orilla norte.

El Islamismo. El fundamentalismo islámico. Movimientos yihadistas

Una mayoría abrumadora de la población magrebí es musulmana. La proporción de los que profesan otras religiones oscila entre el uno y el dos por ciento, según los países. Prácticamente, excepto en algunas zonas de Argelia, Túnez y Libia, los magrebíes son sunitas y practican el rito malikí. En Marruecos, Argelia y Túnez, la Constitución proclama el islam como religión oficial del Estado; también lo es en la Constitución de la República Árabe Saharaui Democrática y en la Declaración Constitucional provisional de Libia tras la revolución contra Gadafi. Por su parte, la Constitución de Mauritania establece que el país es una república islámica. En cuanto a la aplicación de la saría y la libertad de cultos, en todos los países se reconoce la ley islámica como fuente del derecho, pero también los derechos y libertades recogidos en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, y se consagra la libertad de cultos y el respeto a los no musulmanes. En el reino de Marruecos, el rey es también el supremo líder religioso —príncipe de los creyentes— como descendiente directo del Profeta, y esta prerrogativa está recogida en la Constitución de 2011.

En la actualidad, el islamismo está en auge en todos los estados del Magreb. Joan Lacomba escribe: «Si en la experiencia europea el laicismo se ha considerado como un valor de libertad y democracia, en los países árabes ha sido el fruto del voluntarismo autoritario de los líderes nacionalistas poscoloniales... Existe un potencial conflicto de interés entre democracia y laicismo» y, como este es considerado un elemento conceptual foráneo, el resultado es que existe «un conflicto de interés entre laicismo e identidad cultural». En las sociedades de una región como el Magreb, con profundos problemas estructurales y sociales, una demografía explosiva y un futuro preocupante, la movilización islamista se ha extendido impulsada por varias causas: el influjo de la revolución iraní, el declive del socialismo panarabista, el fracaso de los sistemas surgidos de la independencia para apoyar la movilidad social y para erradicar la corrupción, y la desconfianza tanto en el laicismo como en un islam conservador sumiso a los sistemas establecidos.

Al amparo de la ola islamista han surgido varios partidos sustentados en un islam reformado y regenerador: el Tawasul en Mauritania, el Partido de la Justicia y el Desarrollo y el movimiento social Justicia y Caridad en Marruecos; el Movimiento de la Sociedad para la Paz, el Islah (Reforma) y el Nahda (Renacimiento) en Argelia; el Ennahda en Túnez, y el partido de la Justicia y la Construcción —cercano a los Hermanos Musulmanes— y Al Watan en Libia, en principio respetuosos con las leyes pero críticos con los sistemas imperantes, e impulsores de la construcción de sociedades islamizadas.

Junto con ellos, los movimientos yihadistas han irrumpido en el escenario político magrebí. La ilegalización del Frente Islámico de Salvación (FIS) argelino tras su victoria electoral de 1991 dio lugar al surgimiento del Movimiento Islámico Armado (MIA), al Grupo Islámico Armado (GIA), y a la conversión del primero en Ejército Islámico de Salvación (AIS), protagonistas, junto con el Ejército y la Policía argelinos, de la guerra civil en ese país entre 1991 y 2003, terminada con el triunfo del Gobierno, aunque aún quedan grupos terroristas residuales. Del GIA surgió a su vez el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), hoy en día transformado en Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI), con células en todo el Magreb y presumiblemente con algún apoyo en las ciudades africanas españolas. En Libia, el primer ministro ha designado recientemente viceministro de defensa al vice-emir del Grupo Islámico Combatiente Libio, ligado a Al Qaeda. También de origen libio es la organización Ansar al Sharia, activa igualmente en Túnez, origen del Grupo Combatiente Tunecino, fundado en 2000. No hay que descartar la influencia o la colaboración con estos grupos de la organización maliense Ansar al Din o la nigeriana Boko Aram, receptoras de armas procedentes de los arsenales libios tras la revolución contra Gadafi. Militantes de los movimientos yi-

hadistas magrebíes combaten actualmente en Siria contra el régimen de Bashar el Assad.

Los actores exteriores. Europa. Estados Unidos. Rusia. China. El mundo árabe

El Magreb y Europa están indisolublemente unidos por multitud de lazos desde el comienzo de la historia, y muy singularmente desde que, desde la ocupación de Argelia en 1830, el resto de los países que lo forman fue ocupado y colonizado por tres potencias europeas: Francia, España e Italia. Las antiguas metrópolis han dejado una fuerte impronta en las actuales sociedades del Magreb, que fueron sucesivamente conmocionadas por la colonización y no menos por la descolonización y mantienen relaciones especiales con sus Gobiernos. Francia, por la intensidad y la extensión de sus antiguos territorios magrebíes, tiene un papel protagonista en esas relaciones con todos ellos, como España con Marruecos, principalmente, e Italia con Libia. Una gran parte de la relación política y económica Magreb-Europa se lleva a cabo a través de la Unión Europea, que recibe el 60,6% de las exportaciones del Magreb y es el principal proveedor de sus importaciones, con un 51,5% del total. En el plano político, la Unión Europea es muy consciente de que la libertad, el desarrollo y la prosperidad del Magreb están muy ligadas a su propia estabilidad, y en 2011 lanzó la Asociación para la Democracia y la Prosperidad Compartida (Partnertship for Peace and Shared Prosperity) para apoyar las transiciones políticas derivadas de la Primavera Árabe teniendo en cuenta las peculiaridades de cada país.

Para Estados Unidos, que ha declarado su interés estratégico prioritario por el área Asia-Pacífico, el Magreb es una región de interés secundario, aunque comparte la preocupación europea por la estabilidad Magreb-Sahel y la amenaza terrorista yihadista, y apoya los esfuerzos de integración de la región y las políticas europeas en ese sentido. Durante las revueltas árabes y los cambios de régimen en Túnez y Libia adoptó la política de «leading from behind», dejando a sus aliados europeos de la OTAN la dirección de las operaciones militares. Antes, en 2010, había lanzado la iniciativa Asociación para las Oportunidades Económicas en el Norte de África como medio de dinamizar la actividad empresarial de la región y favorecer su integración económica. Actualmente sostiene buenas relaciones con los cinco Estados magrebíes y coopera con todos ellos en temas de seguridad, si bien sigue considerando a Marruecos como su principal aliado —goza del estatus de aliado preferencial fuera de la OTAN— y existe un tratado de libre comercio entre los dos países, que entró en vigor en enero de 2006. Los intentos norteamericanos de instalar en un país magrebí el cuartel general del AFRICOM no han prosperado hasta el momento debido a la percepción, por los Gobiernos magrebíes,

del impacto negativo en sus sociedades de la aceptación de la presencia militar estadounidense.

Por diversos factores —el derrumbe de la Unión Soviética y la prioridad del terrorismo salafista checheno entre ellos—, desde la década de los 90, la influencia rusa en el Magreb declinó de un modo significativo. Desde 1999, el interés ruso se reactivó, especialmente en sus relaciones con Libia y Argelia, con los que firmó importantes acuerdos relacionados con el petróleo y el gas, dada su propia condición de productor de ambos, y las ventas de armamento. La caída de Gadafi ha significado un duro revés para los intereses económicos rusos, aunque la colaboración con Argelia continúa. En todo caso, el peso político de Rusia es bajo en la región. No hay que perder de vista, sin embargo, que un quince por ciento de la población rusa es musulmana y que nueve de sus veintiuna repúblicas étnicas son de mayoría musulmana.

La incansable búsqueda china de materias primas, recursos naturales y fuentes de energía la han llevado a desarrollar una política económica y comercial muy activa en el Magreb. Compra fosfatos, fertilizantes químicos y arena de cobalto en Marruecos, petróleo y gas en Argelia y Túnez, y participa sola o asociada en empresas multinacionales en actividades de abastecimiento de agua, oleoductos e infraestructuras energéticas en todo el Magreb. Su política es exclusivamente económica; busca resultados *win-win* sin ningún tipo de intervención o toma de postura en los asuntos internos, como se ha demostrado en los acontecimientos y consecuencias políticas de la Primavera Árabe en la región. Sin embargo, no es desdeñable la presencia y el crecimiento de importantes colonias chinas, principalmente en Argelia y Libia, que ya han generado algunos conflictos con la población.

En relación con el resto del mundo árabe, el Magreb es, hoy por hoy, una región marginal, sin peso político comparable al de Turquía, Irán, Egipto o Arabia Saudí. La inoperancia de la UMA y la rivalidad entre los dos Estados más relevantes de la región, Argelia y Marruecos, convierte al Magreb en un área periférica desde el punto de vista político. Marruecos y Argelia tienen peso específico propio en la Liga Árabe, pero la región como tal, pese a representar prácticamente un tercio del mundo árabe, carece de visibilidad política a nivel global. Marruecos abandonó la Organización de la Unidad Africana (OUA) en 1984 con motivo del ingreso de la RASD en dicha organización.

La «primavera árabe» en el Magreb

Tom Donilon, asesor del presidente Obama para asuntos de seguridad nacional, identificó en su día cuatro características de las llamadas «primaveras árabes»: su magnitud histórica, comparable a la descoloniza-

ción; la percepción de que ningún país era inmune a los cambios que estaban produciendo; el mal gobierno, la explosión demográfica y la percepción de la realidad a través de las tecnologías de la comunicación global como causas del descontento, y la certeza de que los acontecimientos se estaban desarrollando con pautas propias en cada país y no habían sido dictados por ninguna potencia extranjera.

En el Magreb, todos los países sufrieron el impacto de las revueltas, porque todos tienen los mismos problemas estructurales: gobiernos autoritarios, sociedades desencantadas, altos índices de descontento social e insuficiencia de mecanismos políticos para hacer frente a la situación. Mientras que en Marruecos, Argelia y Mauritania el sistema ha superado por el momento el desafío de una población descontenta, los regímenes de Túnez y Libia han sido derribados, este último tras una sangrienta contienda, con intervención militar de la OTAN incluida. Tanto los Gobiernos supervivientes como los recién instaurados no tienen otra salida que la creación, en el menor plazo de tiempo posible, de perspectivas de futuro consistentes y creíbles para la población. Partidos islamistas moderados se han alzado con el poder en Marruecos —donde se ha formado un Gobierno de coalición— y Túnez, mientras en Argelia el FLN volvió a alcanzar la victoria en las elecciones de 2012. La fragilidad continúa en Libia y Mauritania, esta última con la amenaza yihadista maliense en su frontera del sur.

La población magrebí

Árabes y bereberes

La inmensa mayoría de la población del Magreb, unos noventa millones de habitantes, pertenece a dos grupos étnicos, el árabe y el bereber (*amazigh,* en su lengua), cada uno de ellos a su vez subdivididos en numerosos conjuntos diferenciados en razón de su procedencia y rasgos culturales específicos. La etnia bereber es la autóctona de la región; la árabe proviene de las invasiones que se produjeron en el siglo VII d. C. Actualmente, entre el treinta y el cuarenta por ciento de la población marroquí y entre el veinte y el treinta por ciento de la argelina son de origen bereber. El total de bereberes en la región es de entre veinte y treinta millones de personas, que han conservado su lengua y su cultura en condiciones casi siempre difíciles frente a una mayoría árabe o bereber arabizada. La resistencia y las protestas bereberes nunca han buscado —salvo algún movimiento minoritario y circunscrito a una zona, como en el Rif en la revuelta de Abd-el-Krim— la creación de un Estado propio, sino el reconocimiento estatal de su identidad. La presencia bereber, que se extiende también por el Sahel y en Europa, donde viven más de dos millones de emigrantes de esta etnia, es pequeña en Libia y Túnez. Durante la co-

lonización, Francia intentó separar, principalmente en Marruecos, a las comunidades árabe y bereber mediante el reconocimiento de diferentes derechos a ambas, aunque esta política fracasó ante la mayor fuerza de la cohesión nacional, compatible con la resistencia bereber a la desaparición de su cultura, que ha promovido el reconocimiento de esta en Marruecos y Argelia. La Constitución marroquí reconoce la lengua bereber, el tamazight, como cooficial con el árabe, y, asimismo, protege la otra lengua hablada en el país, el hasanía. En Argelia se reconoce el tamazigh como lengua nacional, aunque no oficial.

Además de los árabes y bereberes, subdivididos a la vez en numerosos conjuntos étnicos derivados de sus zonas de asentamiento, el Magreb cuenta con la presencia de otros grupos de población asentados desde épocas remotas o recientes en su territorio, como los procedentes del sur del Sáhara en Mauritania, los judíos, los colonos europeos y sus descendientes, y un creciente número de inmigrantes asiáticos. No obstante, salvo en el caso mauritano, no constituyen una parte significativa de la población.

En las constituciones de los países magrebíes se recoge, de forma genérica o específica, el reconocimiento de la diversidad lingüística y cultural de sus habitantes, así como la libertad de cultos, en consonancia con la Declaración Universal de los Derechos Humanos y la Carta de las Naciones Unidas, a las que todos ellos pertenecen.

Demografía y densidad de población. Distribución espacial

El Magreb tiene, según datos de 2012, una población de casi noventa millones y medio de personas, con dos países, Argelia y Marruecos, con un censo de más de treinta millones cada uno, seguidos de Túnez, con diez millones y medio, Libia con seis millones y medio, Mauritania con más de tres millones y medio, y el Sáhara Occidental con quinientos setenta mil. La densidad poblacional varía entre los 74 habitantes por kilómetro cuadrado de Marruecos y los poco más de dos en el Sáhara Occidental; la de Argelia es de dieciséis, y la de Túnez, de 67. En Libia, Mauritania y el Sáhara Occidental, la densidad es muy baja, con 4,3 y poco más de dos habitantes por kilómetro cuadrado, respectivamente. Los habitantes se concentran de forma abrumadoramente mayoritaria en la costa, con inmensos espacios despoblados. A grandes rasgos, y salvo en los casos marroquí y tunecino, solo en la costa y su vecindad es posible el asentamiento de núcleos de población importantes y estables.

La esperanza de vida es muy similar en Libia (77,3), Marruecos (75,9), Túnez (75,1) y Argelia (74,75), mientras que desciende abruptamente en Mauritania (61,13) debido a sus precarias condiciones socioeconómicas. Desde las independencias, la población magrebí se ha más que triplica-

do: la edad media de los habitantes oscila entre los treinta años de Túnez y los 19,5 de Mauritania. La alta tasa de natalidad y la disminución de la de mortalidad en todo el Magreb propician que el aumento poblacional y, como consecuencia, el acceso al mercado de trabajo supere el índice de crecimiento, aumentando las tensiones sociales y constituyendo uno de los principales problemas de preocupación política.

Desde la independencia, se ha acentuado en todos los países del Magreb el fuerte proceso de urbanización iniciado durante los últimos años del período colonial. La incapacidad de los Estados para proporcionar las infraestructuras adecuadas con la rapidez que requería el asentamiento de población en las áreas urbanas ha provocado el surgimiento, en las inmediaciones de las grandes ciudades, de *bidonvilles* donde se hacinan millares de familias sin condiciones mínimas de salubridad, constituyendo un riesgo importante de epidemias y un factor de tensión y de inestabilidad social.

El nivel educacional. Índices de alfabetización

El nivel educacional de las poblaciones varía significativamente entre unos países y otros. Libia tiene los más altos índices de alfabetización (82%), y Túnez de escolarización (97,03%). El acceso a la enseñanza primaria es superior al 90% en todos ellos excepto en Mauritania (76%). El 98% de los niños y adolescentes libios accede a la enseñanza secundaria, y es de casi el 70% en Argelia y Túnez, muy superior a Marruecos (34,5%) y Mauritania (16%). El número de universitarios es alto en Argelia (31,5%), bajo en Marruecos (11,3%) y muy bajo en Mauritania (3,8%), mientras que en Túnez y Libia es de alrededor de un 25%. La proporción más alta de acceso a Internet de la población es la de Marruecos (42%); las más bajas son las de Libia (5,49%) y Mauritania (2,3%).

La emigración. Las colonias exteriores

Más de seis millones de magrebíes viven fuera de la región como emigrantes. La comunidad más numerosa es la marroquí, seguida de la argelina y la tunecina. El destino abrumadoramente mayoritario es Europa, donde viven más de dos millones y medio de marroquíes y una cantidad similar de argelinos, principalmente en Francia, aunque existen importantes colonias en Alemania, España y otros países europeos. Los emigrantes pueden clasificarse en tres categorías: los que trabajan en el exterior temporalmente y prevén regresar en el futuro a sus países de origen, los que han decidido permanecer en los países de acogida e integrarse en la población de forma definitiva, y los que entran ilegalmente en dichos países, a través de mafias de tráfico de personas en la mayoría de los casos.

Las remesas de los emigrantes constituyen una fuente importante de divisas para los estados del Magreb con un peso significativo en su PIB. En Marruecos, por ejemplo, suponen alrededor de un diez por ciento de este. También son un factor de evolución y cambio social digno de ser tenido en cuenta tanto en sus países de origen —como importadores de otras culturas, hábitos y formas de entender la vida— como en los de acogida, donde introducen a su vez elementos culturales que producen cambios en la convivencia y en los hábitos sociales. Desde el punto de vista de la seguridad, teniendo en cuenta la radicalización de los movimientos islamistas, y dada la existencia en su seno de células violentas, las comunidades de emigrantes magrebíes constituyen un importante factor que hay que tener en cuenta en la prevención del terrorismo yihadista en Europa.

Los recursos

El agua

El agua es un recurso crítico en el Magreb. Excepto Marruecos, con 950 metros cúbicos de agua renovable disponible por habitante y año en 2007 —ya por debajo del umbral marcado por la ONU de 1.000 metros cúbicos—, la región magrebí vive en un acuciante estrés hídrico, que el cambio climático agudizará en el futuro por el continuo aumento de la población y la disminución de las precipitaciones. En el subsuelo de Argelia y, sobre todo, en el de Libia, existen importantes cantidades de agua, pero son necesarias grandes inversiones para extraerla y canalizarla. Hoy en día el acceso al agua y su saneamiento no están asegurados para la totalidad de la población, especialmente en el ámbito rural y, sobre todo, en Mauritania. El cambio climático traerá consigo movimientos de población interiores, probablemente acompañados de inmigración procedente del Sahel, y pérdida de biomasa en una región donde la leña se emplea con profusión para fines domésticos. La previsión de riesgos de conflictos en África por el agua es alta, y constituye un grave problema que afecta a la seguridad y estabilidad de los Estados magrebíes.

La agricultura, la silvicultura, la ganadería y la pesca

En el Magreb conviven dos tipos de agricultura, la de exportación —que constituye un porcentaje del 15% de las exportaciones de Marruecos y el PIB marroquí y un 8% de las tunecinas— y la de subsistencia. El porcentaje de población dedicada a la agricultura varía entre unos países y otros: en Marruecos es de más de un tercio de la población y en Túnez un 16%. En el resto del Magreb, los porcentajes son más re-

ducidos. La agricultura tradicional se basa en los cereales y depende de las condiciones climáticas de cada año. El Magreb sufre una grave dependencia alimentaria, con una oferta prácticamente estabilizada por las condiciones de superficie, irrigación y técnicas agrícolas y una demanda en permanente expansión por el crecimiento demográfico. En cuanto a la silvicultura, Marruecos es el único país con una masa forestal significativa en relación con la superficie (10%), seguido de Túnez (7%); en los demás la masa forestal es insignificante en relación con su extensión. La cabaña ganadera magrebí, donde predomina el ganado ovino, es una de las más importantes del mundo árabe. El sector pesquero, sobre todo en Marruecos y Mauritania, cuyas aguas territoriales atlánticas constituyen una zona pesquera de extraordinaria riqueza, ha sufrido un fuerte impulso en los últimos años al compás de los tratados pesqueros firmados principalmente con la Unión Europea, paralelo a fuertes inversiones, esfuerzos por asegurar la renovación de las especies y una política de nacionalización de capitales y recursos mediante un conjunto de medidas, como la creación de empresas mixtas con los países pesqueros europeos, la obligatoriedad de desembarcar las capturas en sus puertos y el enrolamiento de marineros magrebíes en los pesqueros extranjeros que faenan en sus aguas.

La industria y la minería

Excepto para los países ricos en hidrocarburos —Argelia y Libia— el sector industrial en el Magreb necesita una profunda remodelación, que han comenzado a acometer tanto Argelia como Marruecos, aquella aprovechando sus ingresos derivados de la exportación de petróleo y gas, y Marruecos, en menor medida, mediante el impulso de su estrategia denominada Plan País Emergente. Todo el Magreb necesita embarcarse en una renovación industrial, para lo que es preciso disponer de capitales que propicien la financiación de tecnologías innovadoras. El peso del sector industrial en el PIB es muy variable: el 56% en Argelia, el 30% en Marruecos, y el 28% en Túnez y Mauritania. El sector turístico es extraordinariamente potente en Marruecos y Túnez y prácticamente inexistente en el resto, y está fuertemente influido por la inestabilidad política y social.

El Magreb es rico en petróleo, gas natural, fosfatos, uranio, plomo, yeso, mineral de hierro, cobre, diamantes, oro, sal, zinc y manganeso. Argelia y Libia son grandes exportadores de hidrocarburos y gas, y Marruecos es el tercer productor mundial de fosfatos y el primero del mundo en reservas de este mineral. Hay abundantes reservas de gas de esquisto en Marruecos, Argelia y Libia. En Mauritania se explotan importantes yacimientos de oro y se han descubierto otros de uranio, zinc, plomo

y hierro que se extienden al subsuelo del Sáhara Occidental. Todo ello hace del Magreb una región con grandes expectativas de explotación minera, y un potencial foco de conflicto de intereses entre los Estados magrebíes y también entre las grandes potencias en su carrera por el control de los recursos energéticos y mineros mundiales. La dependencia energética europea del petróleo y de gas enfatiza la extraordinaria importancia de la estabilidad de Libia y Argelia para asegurar su suministro, pues, de lo contrario, el impacto en la economía de la Unión Europea sería dramático.

Las comunicaciones terrestres y marítimas

El Magreb es una región desestructurada desde el punto de vista de las comunicaciones, fundamentalmente porque las potencias coloniales europeas diseñaron el sistema de comunicaciones de cada país orientado de norte a sur, favoreciendo el flujo bilateral de materias primas y productos con sus colonias. Posteriormente, el contencioso argelino-marroquí ha evitado la construcción de infraestructuras importantes transversales terrestres, en sentido este-oeste, que permitieran, junto con las existentes, la creación de una red de comunicaciones vertebradora y potenciadora de sinergias económicas. Existen grandes puertos, pero el comercio intermagrebí es prácticamente inexistente y tiene un bajo peso económico en las importaciones y exportaciones de sus países. Al norte de la línea imaginaria que une la ciudad de Túnez con Rabat, existe en toda la región una red relativamente densa de carreteras; al sur de esa línea se impone el sentido norte-sur en vías que recorren el vacío del desierto. Su escasez hace muy difícil el control fronterizo con medios terrestres e impone la vigilancia por medio de satélites y medios aéreos o espaciales tripulados o no.

Los riesgos y amenazas en el Magreb

Los principales riesgos y amenazas a la estabilidad del Magreb tienen su origen en un numeroso y complejo conjunto de factores:

1) demográficos: alto índice de crecimiento de la población, con consecuencias en la decreciente disponibilidad de cantidad de agua disponible por habitante, en la insuficiencia alimentaria, en el acceso al empleo y en la carencia de infraestructuras de vivienda, sanitarias y educativas;
2) climáticos: precariedad de las precipitaciones, progresiva desertización, pérdida de biomasa, disminución de la superficie utilizable para usos agrícolas y ganaderos, con el resultado del aumento forzoso, e ilegal en muchos casos, de la emigración exterior y de los movimientos migratorios interiores;

3) económicos: insuficiente desarrollo económico para aumentar el nivel de vida de una población creciente, dependencia del capital exterior para renovar las infraestructuras agrícolas y acometer la renovación e innovación en la industria y los servicios, inestabilidad económica y falta de perspectivas;
4) políticos: desconfianza hacia la capacidad del Estado para resolver los problemas, desconcierto político tras las revueltas de la Primavera Árabe, autoritarismo, desafecto hacia los sistemas políticos y las autoridades, persistencia de una élite política y económica sin renovación, violaciones de los derechos humanos, falta en la práctica de las libertades proclamadas por las constituciones, inoperancia de la integración regional preconizada por la UMA;
5) sociales: tensión entre la población y el poder, carencia de movilidad social y, como consecuencia, falta de renovación de las élites, desigualdad ante la ley en la práctica, distancia creciente entre las condiciones de vida en los ámbitos urbano y rural, con la consiguiente despoblación del campo y hacinamiento en precarias condiciones en las ciudades;
6) ideológicos: auge del islamismo como ideología política, riesgos de radicalización islamista, puesta en cuestión de las instituciones democráticas y de la democracia como marco de convivencia;
7) de seguridad: rivalidad y conflictos latentes entre los Estados de la región, con la consecuencia de una permanente carrera de armamentos singularmente entre Argelia y Marruecos; existencia de organizaciones terroristas ligadas al yihadismo y de mafias dedicadas al crimen organizado y al tráfico de personas, armas y drogas; incapacidad y falta de coordinación para controlar las extensas fronteras, en especial las del sur; existencia de vastos espacios terrestres y marítimos sin control eficaz susceptibles de ser empleados por terroristas y traficantes; ineficacia, corrupción e infiltración terrorista y mafiosa en las fuerzas de seguridad.

Con todo, el mayor riesgo se deriva de la falta de integración de la región procedente de los conflictos no resueltos, y de difícil solución, que enfrentan a Argelia y Marruecos por la cuestión de las fronteras y por el Sáhara Occidental. Su resolución satisfactoria produciría réditos políticos, económicos y sociales que tendrían un rápido y beneficioso efecto sobre el clima social y, en consecuencia, sobre la legitimidad de los Estados como proveedores de estabilidad, seguridad y prosperidad.

Mientras tanto, la permeabilidad de las fronteras y el dinamismo de los movimientos yihadistas seguirán constituyendo la principal amenaza a la estabilidad de las instituciones y de las sociedades magrebíes, y ello lleva consigo la inhibición de las inversiones y del turismo, junto con el aumento de las compras de equipamiento militar y de seguridad, y, por tanto, la disminución de las partidas presupuestarias destinadas a gastos productivos y sociales.

Marruecos

Un viejo estado, un pais joven

Con una extensión de 446.550 de kilómetros cuadrados, Marruecos contiene en su territorio los cuatro rasgos físicos principales del conjunto del Magreb: la cordillera del Atlas, que lo cruza de suroeste a noroeste; el desierto, que ocupa casi una cuarta parte de su superficie; llanuras costeras aptas para la agricultura principalmente en la vertiente atlántica y, finalmente, una zona árida de transición al sur desértico, pobre y poco poblado.

A diferencia de otros países africanos, la identidad política y cultural de Marruecos es muy anterior al período colonial. Sus circunstancias históricas han ido modelando a lo largo de los siglos una sociedad específica dentro de un marco geográfico que coincide en gran medida con sus actuales fronteras. El antiguo equilibrio político basado en una base tribal, propio de los merinidas o benimerines que sucedieron a los poderes almorávide y almohade, fue transformado por la dinastía saadí y sus actuales sucesores alauitas en una monarquía basada en la legitimidad religiosa de su descendencia directa del Profeta (cherifismo), lo que confiere a la figura del rey una dimensión institucional mayoritariamente aceptada.

La debilidad del sultanato marroquí, su atraso social y su desarreglo económico motivaron la intervención franco-española en 1912, que dio lugar a la época colonial de los dos protectorados que se extendió hasta 1956. En la actualidad, la estructura política del Estado —monarquía, parlamento, partidos políticos y sindicatos— es asimilable a la de los Estados europeos.

Población y desarrollo económico. Marruecos útil, Marruecos necesario. El peso de los sectores económicos

La población se asienta en la costa y en los valles fértiles de los ríos que vierten tanto al Mediterráneo como al Atlántico, fundamentalmente en los de estos últimos. Las condiciones climáticas han propiciado la existencia de importantes núcleos de población en el interior del país, fundamentalmente las ciudades históricas de Marrakech, Fez y Mequínez —con prácticamente un millón de habitantes cada una—, aunque la mayor densidad de habitantes por kilómetro cuadrado se encuentra a lo largo de los cien kilómetros de costa atlántica existentes entre Casablanca y Kenitra, donde se concentra entre la cuarta y la quinta parte de la población y cerca de la mitad de la riqueza económica del país. El mariscal Liautey, primer residente general de Francia durante el Pro-

tectorado, definió como «Marruecos útil» el territorio comprendido en el triángulo Fez- Casablanca-Marrakech, y como «Marruecos necesario» la periferia próxima imprescindible para la defensa del primero; hoy en día podría considerarse que el núcleo demográfico y económico del país está al norte de la línea que une las ciudades de Nador y Agadir, donde se encuentran las regiones agrícolas e industriales más ricas y desarrolladas.

Con 32.700.000 habitantes estimados en julio de 2013, es el país magrebí con mayor número de habitantes por kilómetro cuadrado (74). El índice de fertilidad de las mujeres es de 2,4 hijos, cuya incidencia es una población joven, con una edad media de menos de treinta años. El índice de analfabetismo es, con el de Mauritania, el más alto del Magreb, con más del 40%. Es mucho más alto en las mujeres y, en general, en el ámbito rural. La tasa de paro es de alrededor del 10%, mucho más elevada entre los jóvenes, sobre todo entre los diplomados y licenciados. La renta per cápita es aproximadamente de 5.000 dólares, y el crecimiento del país, que fue del 4,8% en 2011 y ha retrocedido al 2,7 en 2012 debido a la crisis económica europea, es insuficiente para absorber el incremento anual de la demanda de trabajo.

El sector servicios es el que más aporta al PIB, un 59%, seguido de la industria, con un 27%, mientras que la agricultura, que emplea el 44% de la población, aporta , según las condiciones climáticas de cada año, entre un 10% y un 15%. El crecimiento del PIB ha disminuido con la crisis europea, pues la Unión Europea —singularmente España y Francia, con mucha diferencia sobre el resto— es su principal proveedor y cliente. En 2012, España se ha convertido en el principal socio comercial, con un 30 % aproximadamente de intercambios en exportaciones e importaciones del total del comercio exterior marroquí, según datos del ministerio español de Asuntos Exteriores y Cooperación. Todo ello hace extremadamente dependiente a Marruecos de la situación económica de sus más importantes socios comerciales. El turismo y las remesas de sus emigrantes en el extranjero proporcionan un porcentaje del PIB superior a la aportación agrícola, que es deficitaria en productos básicos, por lo que son subvencionados por el Gobierno. El déficit alimentario, pese al alto índice de población dedicada a la agricultura, combinado con el alto índice de crecimiento demográfico, es uno de los principales desequilibrios del país y la causa de descontento social e importantes disturbios en el pasado reciente.

En definitiva, la economía de Marruecos se basa, en lo que se refiere al sector primario, en una agricultura con dos características y dos niveles diferentes de rendimiento: la de exportación —fundamentalmente cítricos, frutas, hortalizas y aceite— y la de subsistencia, de bajos rendimientos e incapaz de abastecer a la población, y en la exportación de productos pesqueros cuyas capturas se producen principalmente por buques

españoles obligados por los tratados con la Unión Europea a desembarcarlas en puertos marroquíes.

La industria está dedicada principalmente a la transformación de materias primas para la exportación y a la fabricación de bienes de consumo para el mercado interior, dada la práctica inexistencia de un mercado regional magrebí de consumo. La supremacía del sector público en la industria está disminuyendo debido a la actual política de privatización, aunque el Estado conserva la propiedad, total o participada, de la industria de fertilizantes de fosfato-químicos (Marruecos es el primer exportador mundial de fosfatos) y de la industria azucarera. La producción de automóviles alcanza los sesenta mil vehículos por año, y se producen también piezas para su ensamblaje en las factorías europeas.

En el sector servicios destacan los ingresos por el turismo y las actividades asociadas a él, con una cifra de visitantes cercana a los diez millones por año y una aportación de casi un 10% al PIB, que ronda en total los 100.000 millones de dólares. El sector de las comunicaciones y de las tecnologías de la información ha captado la mitad de la inversión extranjera en los últimos cinco años y está en rápido crecimiento. Marruecos es el país magrebí que cuenta con más usuarios de Internet, y uno de los primeros países del mundo en abonados a líneas ADSL. Junto con un desarrollo tecnológico en auge, en Marruecos existe una infinidad de pequeñas y medianas empresas —más del 90% del tejido empresarial del país— con bajos rendimientos económicos, proveedoras de empleo precario y mal remunerado. La inversión extranjera es crucial para la modernización de la pequeña y mediana industria marroquí, y de su despegue económico.

Marco político: en busca de la estabilidad

Marruecos ha sido el país menos afectado por las convulsiones políticas producidas por la llamada Primavera Árabe en el Norte de África, probablemente debido a la anticipación y a la habilidad del sistema para prevenir una hipotética revuelta social y contrarrestar el descontento. Tras la inmolación del joven tunecino Mohamed Bouazizi el 17 de diciembre de 2010, las primeras protestas comenzaron en Marruecos el 30 de enero de 2011, en Tánger y Fez, en apoyo de las protestas en Túnez y Egipto. Mohamed VI regresó de Francia al día siguiente, y poco después el Gobierno procedió a duplicar el presupuesto para subvenciones de productos básicos.

No obstante, el 20 de febrero miles de personas marcharon por las calles de las principales ciudades del país, bajo el lema «Justicia, libertad y dignidad», pidiendo una nueva Constitución con menos poderes para el rey. El monarca reaccionó rápidamente y el 9 de marzo, en un discurso

televisado a toda la nación, anunció una profunda reforma constitucional. A pesar de ello, el 20 de marzo arreciaron las protestas pacíficas en todo el reino, auspiciadas por el Movimiento 20 de Febrero.

Un consejo constitucional dirigido por Abdelatif Meinuni redactó con toda celeridad una nueva Constitución, recortando los poderes del rey, potenciando al Gobierno, cuyo primer ministro pasaba a ser presidente, y reformando en profundidad el poder legislativo y el judicial, propugnando al mismo tiempo una «regionalización avanzada» del país. El texto fue sometido a referéndum el 1 de julio, y aprobado por más del 97% de los votantes, con una participación del 75,48%, la segunda más alta en la historia de Marruecos.

El 25 de noviembre de 2011 se celebraron las elecciones legislativas anticipadas, con el triunfo del partido islamista Justicia y Desarrollo (PJD) liderado por Abdelilah Benkirán, que obtuvo el 27% de los votos, seguido por el nacionalista Istiqlal con el 15%. Actualmente el PJD gobierna el país en coalición con el Istiqlal y el Partido del Progreso y el Socialismo (PPS, antiguos comunistas). En definitiva, la celeridad con que el Majzén —el conglomerado de élites políticas, económicas y militares ligadas al monarca a lo largo de la historia del reino— reaccionó al terremoto político desencadenado en África del Norte ha propiciado la estabilidad actual del sistema y su supervivencia a los profundos cambios en su entorno.

No obstante, subsisten las causas de descontento, si bien el Gobierno y el sistema gozan ahora de una legitimidad renovada. Es digno de destacar que la figura del rey y la institución monárquica no estuvieron nunca en cuestión («Debemos cambiar con el rey, no frente al rey»); su peso económico en el conjunto del país es imponente, pues el monarca es el propietario de prácticamente la mitad de las tierras productivas y mueve el 20% de la actividad económica privada.

El rey de Marruecos es, pues, la pieza clave del sistema político vigente. Su actuación desde su acceso al trono desde la muerte de su padre, Hassán II, ha estado dirigida a potenciar su figura pública como símbolo de la modernización política y económica del país. La Constitución de 2011 consagra su papel de líder religioso como comendador de los creyentes y sigue concediéndole amplias prerrogativas. En torno a él, el secular entramado de intereses conocido como majzén sigue acaparando los resortes económicos y el predominio social. De la capacidad de este entorno y de la clase política para adaptarse a los cambios y favorecer la movilidad social y el desarrollo económico depende la pervivencia y estabilidad del régimen.

Las fuerzas armadas: capacidades y carencias

Las Fuerzas Armadas Reales de Marruecos fueron creadas el 14 de mayo de 1956 por el rey Mohamed V. Posteriormente, en 1960, se creó la Fuer-

za Aérea Real. En su inicio, se amalgamaron las unidades marroquíes de los protectorados francés y español bajo el mando del general Mizzian, procedente del ejército español, donde alcanzó el empleo de teniente general. Tras los atentados militares contra el rey Hassán II, el monarca asumió el control absoluto de la institución militar, que no tiene como tal ninguna relevancia política. Aunque los soldados marroquíes tienen una amplia experiencia en conflictos exteriores —combatieron en la guerra civil española, en las dos guerras mundiales, y han participado y participan en numerosas misiones internacionales—, su estructura de mando no es compatible con los niveles de operatividad y eficacia de sus vecinos europeos miembros de la OTAN.

Marruecos invirtió en defensa en 2012 3.370 millones de dólares, el 3,5% de su PIB, siguiendo la tendencia de los últimos años, hecho que lo sitúa como el decimoctavo país del mundo en gasto militar en relación con el PIB. El alto porcentaje relativo de su presupuesto de defensa se debe, en gran medida, al mantenimiento de numerosas unidades en el Sáhara Occidental y a un esfuerzo en modernización y adquisiciones en paralelo con Argelia, que el Instituto Internacional de Estocolmo (SIPRI) ha señalado como una «carrera de armamentos» entre los dos países. El Gobierno suprimió en 2006 el servicio militar obligatorio. Los efectivos totales de las Fuerzas Armadas Reales son de 195.800 militares (175.000 en el Ejército de Tierra, 7.800 en las Fuerzas Aéreas y 13.000 en la Armada, entre ellos 1.500 infantes de Marina). Las fuerzas paramilitares encuadran 50.000 efectivos (20.000 en la gendarmería y 30.000 como fuerzas auxiliares), más 150.000 reservistas. Aunque es conveniente mantener cierta cautela con respecto a la exactitud de las cifras, las Fuerzas Armadas marroquíes son voluminosas en personal, lo que se explica en parte por la guarnición del Sáhara, pero no se corresponde con los estándares de un país en paz con sus vecinos y sin importantes problemas de orden interior.

Según el Balance Militar, la fuerza de maniobra del Ejército de Tierra consiste en doce batallones de carros, dotados de material procedente de Estados Unidos (doscientos M60A1, ciento veinte M60 A3 y doscientos M48 A5) y de la Unión Soviética (cuarenta T72), con un pedido aún no entregado de doscientos M1 Abrams, tres brigadas de infantería mecanizada, ocho regimientos de infantería motorizada y 35 batallones de infantería ligera, dotados principalmente con material francés. Dispone también de dos brigadas paracaidistas, dos batallones aerotransportables y un batallón de montaña. Los apoyos de combate consisten en once grupos de artillería, siete batallones de ingenieros y un grupo de defensa aérea.

La Fuerza Aérea dispone de 92 aviones de combate, consistentes básicamente en dos escuadrones de cazabombarderos F5, dos escuadrones de Mirage F1 y un escuadrón de F16, con dos escuadrones más por recibir. La aviación de transporte dispone de un escuadrón de C130 Hércules y otro de CN235.

La Armada, tradicionalmente menos favorecida, se ha dotado de cinco fragatas oceánicas, tres de ellas de tipo SIBMA y dos Floreal, equipadas con misiles Exocet y Simbad, una corbeta tipo descubierta y diversos navíos de patrulla costera, así como buques de desembarco para la infantería de Marina.

El conjunto de las Fuerzas Armadas Reales supone, pues, un significativo conjunto de capacidades convencionales, dotadas de una relativa movilidad táctica. Los estándares de adiestramiento siguen las pautas de la OTAN debido a las excelentes relaciones con Estados Unidos y con Francia, principalmente; la presencia en numerosas operaciones exteriores ha permitido a los militares marroquíes adquirir experiencia en la cooperación con las Fuerzas Armadas de otros países. La guerra en el Sáhara ha dotado al Ejército de una inestimable experiencia en el control de grandes extensiones de terreno —fundamental dados los 1.559 kilómetros de frontera con Argelia y los 433 con el Sáhara Occidental— y el combate contra un enemigo irregular y muy móvil. La cooperación con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo le ha proporcionado una válida experiencia en hacer frente a amenazas no convencionales.

No obstante, la desconfianza política hacia el poder militar tras los fallidos atentados contra Hassán II han configurado una estructura de mando basada en la compartimentación operativa y la inexistencia de un verdadero sistema conjunto de mando y control . En el Sáhara se llevaron a cabo durante la guerra contra el Frente Polisario operaciones aeroterrestres, pero la coordinación entre los tres Ejércitos está aún en fase embrionaria. En definitiva, las Fuerzas Armadas son relativamente voluminosas, con movilidad operacional limitada y con una estructura territorial y, por tanto, poco funcional. El armamento y el material son de procedencia muy diversa, lo que complica en gran medida el mantenimiento y dificulta el despliegue fuera del emplazamiento geográfico habitual de las unidades. El esfuerzo inversor en defensa será, en una sociedad progresivamente más abierta, difícil de explicar en un escenario sin conflictos que pongan en peligro de forma importante la seguridad del Estado.

La evolución de las amenazas: escenarios posibles y su incidencia en la seguridad de España

Todas las amenazas, ya enumeradas, que se ciernen sobre el Magreb en su conjunto afectan en mayor o menor medida a Marruecos. Sin embargo, las principales son las que se derivan del contencioso fronterizo que sostiene con Argelia, la cuestión aún no resuelta del Sáhara Occidental, el peligro de radicalización islamista si el Gobierno surgido de las urnas en 2012 no consigue impulsar la economía y el empleo, y la amenaza yihadista que amenaza sus fronteras del sur y este y que ha prendido en algunos sectores sociales en el interior del país.

La difícil relación con Argelia y el control del Sáhara Occidental obligan a mantener un esfuerzo militar que consume cuantiosos recursos económicos en un Estado que no posee, aparte de los fosfatos, riquezas naturales que le permitan compensarlos. La carrera de armamentos con Argelia es una batalla perdida, pues los argelinos disponen de ingresos muy superiores, con un PIB dos veces y media superior al marroquí. No obstante, es altamente improbable que la desconfianza entre los dos países y la cuestión fronteriza desemboque en un conflicto armado como el que se produjo en la región de Tinduf en 1963. Tampoco es previsible que el Frente Polisario reinicie la guerra con Marruecos, aunque obligue al estacionamiento de una parte importante del ejército marroquí en el territorio del Sáhara Occidental para asegurar su control.

El riesgo de radicalización islamista está presente, pero la tradición política marroquí representada por sus partidos y sindicatos de todas las tendencias constituye, por el momento, un elemento estabilizador del sistema. En todo caso, las tensiones derivadas de las dificultades económicas podrían dar lugar a un escenario de revueltas y a un aumento de la presión reivindicativa sobre los territorios españoles de África.

La amenaza yihadista es el mayor problema contra la seguridad tanto de Marruecos como de España. Los atentados de Casablanca en 2003 y el del 11 de marzo en Madrid en 2004 lo ponen de manifiesto. El Grupo Islámico Combatiente Marroquí (GICM), ligado a Al Qaeda e implicado en el atentado de Madrid, la Vía Recta, Anatema y Expiación y otros grupos yihadistas marroquíes han sido, durante los últimos años, activos en la preparación de atentados y reclutamiento de activistas y constituyen una fuente de preocupación importante para las fuerzas de seguridad de los dos países.

Conclusiones

En el actual contexto político, un conflicto militar entre España y Marruecos o una intervención militar unilateral de España en su territorio sin previa autorización de su Gobierno —para extraer ciudadanos españoles, por ejemplo, en caso de crisis— es altamente improbable, debido en el primer caso a la existencia de una abismal disparidad en los aspectos militar, económico, político y social entre los dos países y, en el segundo, a la actual capacidad marroquí para hacer frente a sus problemas y al enorme rechazo que produciría esa intervención a nivel internacional. En todo caso, conviene no descuidar la suficiencia del nivel de disuasión militar tanto frente a Marruecos como frente a una hipotética coalición argelino-marroquí a medio o largo plazo, si en ambos países colapsaran los actuales sistemas y se impusieran gobiernos islamistas radicales. El seguimiento de los planes de rearme de ambos países y del nivel de sus capacidades debe ser una prioridad de los servicios de inteligencia.

Asimismo, es preciso disponer de planes de defensa y refuerzo para las ciudades de Ceuta y Melilla en caso de tensiones fronterizas —tanto en escenarios militares convencionales como en utilización de masas civiles como la Marcha Verde— o de emergencia humanitaria en su entorno, y vigilar estrechamente el fenómeno yihadista en ellas, incluidas posibles infiltraciones entre los miembros de sus guarniciones. El control de las fronteras de ambas ciudades (6,3 y 9,6 kilómetros respectivamente) debe ser permanente y susceptible de ser reforzado con celeridad.

En cualquier otro escenario, la intervención militar española solo parece probable en el seno de una coalición bajo mandato ONU, siempre que el actual sistema político marroquí hubiera colapsado, o a petición de este, como en el caso de Malí. La cooperación con Marruecos en su desarrollo económico y en la prevención y la lucha contra las amenazas del crimen organizado y, sobre todo, del yihadismo, tanto en el plano bilateral como en los de la Unión Europea y la OTAN, es el medio más seguro de asegurar su estabilidad y de evitar una intervención militar para imponerla.

Argelia

Un país inmenso, una identidad reciente

Argelia es, desde la partición de Sudán, el país más grande de África, con 2.381.740 kilómetros cuadrados de extensión. Su relieve consiste, básicamente, en cuatro regiones que se disponen de norte a sur en cuatro franjas paralelas: una llanura discontinua, de entre noventa y 190 kilómetros de anchura, desde la costa hasta la cordillera del Atlas teliano; en ella habita la inmensa mayoría de la población y se encuentran la mayor parte de las ciudades y de las tierras cultivables. A continuación, una región de tierras altas y llanas con grandes lagos que, al secarse, forman llanuras de sal (chotts). Más al sur, las montañas y macizos del Atlas sahariano .Y por último, el desierto del Sáhara, que ocupa aproximadamente el 84% del territorio argelino, con el macizo montañoso del Hoggar, cercano a la frontera sur, que culmina en el monte Tahat (3.003 metros), como punto más alto del país.

Desde el antiguo reino númida de Masinisa, la costa argelina ha sido poseída por romanos, vándalos, bizantinos, omeyas, españoles y otomanos, con breves períodos de dominio por dinastías locales. Así pues, la ocupación francesa de 1830, que trazó sus fronteras a partir de los acuerdos de la Conferencia de Berlín en 1885, y la guerra de la independencia contra Francia entre 1954 y 1962 han modelado tanto su actual configuración territorial como, en muy alto grado, su sentido de identidad nacional a partir de la lengua, la cultura y la historia preexistentes.

La colonización francesa generó también no solo una importante corriente migratoria de colonos europeos, franceses en su gran mayoría, a territorio argelino, sino también de emigrantes argelinos a Francia, cuyos descendientes son hoy parte de la ciudadanía de la Francia moderna.

Demografía y economía. el peso de los recursos energéticos y su distribución espacial

La población estimada de Argelia asciende en la actualidad a 37 millones de personas, con una densidad de quince habitantes por kilómetro cuadrado, muy desigual en cada zona del país (235 en la franja costera y 1,5 en el desierto). El alto índice de fertilidad (2,5 hijos por mujer) incide en el rápido aumento de población y en la baja media de edad de esta, 26 años en 2010.También en el paro, que es del 10%, pero del 73,4% entre los menores de treinta años. El 80% de la población vive en la franja costera, donde se encuentran la capital, Argel, con tres millones de habitantes, y las ciudades de Orán (1,5 millones) y Constantina (un millón). El 66 % de la población vive en ciudades.

La tasa de alfabetización ronda el 73%. La renta per cápita es de 7.300 dólares y fluctúa con los ingresos derivados de la exportación de los hidrocarburos, sujetos a subidas y bajadas de precios. Por sectores y teniendo en cuenta las variaciones en los precios del petróleo y el gas, los hidrocarburos representan entre el 31,4% y el 50% del PIB, la agricultura aporta entre el 10% y el 13%, la construcción el 18%, y la industria manufacturera, entre el 5% y el 10%. La falta de preparación de la mano de obra y de cultura empresarial hace muy remota la perspectiva de un mayor peso industrial de Argelia en el futuro. Más de la mitad de la población trabaja en el sector servicios, un 13% en la agricultura y solo un 2% en lo relacionado con el sector de los hidrocarburos. Las capturas pesqueras se dedican, como en Marruecos, principalmente a la exportación, y la minería, rica en fosfatos, hierro, zinc, cobre y otros metales, está subexplotada.

La mayor riqueza de Argelia son sus yacimientos de petróleo y gas, gestionados por la empresa nacional Sonatrach, localizados al sur del Atlas y muy numerosos y expandidos por el territorio argelino. Una gran parte del PIB de Argelia, unos 250.000 millones de dólares en total, proviene de la exportación de sus hidrocarburos. La capital petrolera es Hassi Messaud, a ochocientos kilómetros al sur de Argel, conectada con los puertos de la costa, al igual que Hassi R'Mell y los yacimientos junto a las fronteras tunecina y libia, a través de una cada vez más tupida red de oleoductos, cuyo control y seguridad contra ataques terroristas plantea un importante problema.

Marco político: las secuelas de un largo conflicto interior

Zouaoui Beghoura, en su trabajo *Identidad, violencia e historia en Argelia. Una aproximación filosófica,* sostiene que, desde la guerra de liberación, la violencia se ha impuesto como un instrumento de poder y de imposición de la identidad nacional. En efecto, la identidad nacional argelina que conocemos hoy nació de la ideología socialista del FLN (Frente de Liberación Nacional) y de los fusiles de su brazo armado, el Ejército de Liberación Nacional (ALN), aunque ideólogos como Hadj Ali Abdelkader o Ferhat Abbas hubieran proclamado esa identidad décadas antes.

De 1954 a 1962 los argelinos libraron, contra el ejército francés y contra la organización terrorista OAS, creada por los colonos franceses, una cruenta guerra de independencia. En el camino hubo varios atentados de la OAS y un golpe militar del ejército francés de Argelia contra el general De Gaulle, presidente de la República Francesa. El FLN, ya en el Gobierno, adoptó el socialismo como marco político de desarrollo. Tras el golpe de Estado del coronel Huari Boumedian en 1965, el modelo socialista panarabista existente se radicalizó. Tras su muerte en 1978, la deriva económica y el descontento de una población sedienta de reformas (revuelta de la Sémola en 1988, duramente reprimida) provocó que, en las elecciones legislativas de 1991, el castigo al FLN se tradujera en el triunfo del islamista Frente Islámico de Salvación (FIS). El Gobierno del FLN anuló las elecciones, y se desencadenó la guerra civil, esta vez entre el brazo armado del FIS y otras organizaciones subversivas islamistas y las fuerzas de seguridad argelinas, que terminó en 2002 dejando un saldo de entre 150.000 y 200.000 muertos.

Las últimas elecciones legislativas, en mayo de 2012, no han cambiado el panorama político de antes del conflicto, y, en cierto modo, son reflejo de su resultado final. El Parlamento sigue dominado por el viejo FLN, con 220 escaños sobre 462, seguido de la Asamblea Nacional Demócrata con 68, una coalición de partidos islamistas con 48, y otros partidos de corte socialista con veintiuno y veinte escaños respectivamente. Además de los partidos islamistas legales, subsisten en la clandestinidad grupos terroristas yihadistas, como el representado por Al Qaeda en el Magreb Islámico, (AQMI), heredero del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, o la Brigada de Los que Firman con Sangre de Mokhtar ben Mokhtar, autora del ataque a la refinería de Ain Amenas en enero de 2013.

Junto con la amenaza yihadista, subsisten otros focos de conflicto interior, como el representado por las reivindicaciones bereberes en la Kabilia y otros puntos del país. La avanzada edad y la precaria salud del presidente Buteflika, sin recambio aparente en el FLN, hacen prever tensiones políticas en el próximo futuro. Y, en ese contexto, los islamistas aún no han dicho su última palabra; el índice de abstención en las últimas elecciones, más del 50%, así lo sugiere.

Las fuerzas armadas: capacidades y carencias

Las Fuerzas Armadas argelinas, herederas del Ejército de Liberación Nacional que luchó contra Francia, han sido la principal fuente del poder en el país desde su independencia. Brazo armado y sostén del FLN y columna vertebral del país, han proporcionado los presidentes de la República Argelina y una gran cantidad de altos cargos del Estado desde Boumedian, y siguen siendo los árbitros del sistema vigente. A pesar de su declaración de guerra a Israel y su envío de contingentes en las guerras del Yon Kippur y de 1973, la experiencia de combate de las Fuerzas Armadas argelinas se circunscribe a la guerra de la Independencia, a los choques fronterizos con Marruecos en la zonas de Bechar y el Tinduf en 1964, y a su actuación contra los insurgentes en la guerra de 1954 a 1962 contra los islamistas radicales.

Las reformas militares del presidente Chadli Benyedid en el sentido de instaurar los empleos de general y circunscribir el papel constitucional de las Fuerzas Armadas a la defensa del país, desmontando así el carácter revolucionario de su origen, coincidieron en el tiempo con el comienzo de la insurgencia. El triunfo sobre la subversión fue también el de la unidad de la institución militar, que ha salido fortalecida del conflicto y dotada de una extraordinaria experiencia en guerra subversiva.

Argelia dedicó en los años 2010, 2011 y 2012 el 3,59%, el 4,39% y el 4,54% de su PIB a gastos de defensa, en un esfuerzo continuado de crecimiento, apoyado por las rentas energéticas, que ha pasado de los 5.591 a los 9.367 millones de dólares. Sus adquisiciones están fundamentalmente dedicadas a armamento, material y equipo para dotarse de unas potentes fuerzas armadas convencionales, las más poderosas del Magreb. Según el Balance Militar, sus Fuerzas Armadas cuentan con un total de 130.000 efectivos, más 180.000 paramilitares (Gendarmería, Fuerzas de Seguridad Nacional y Guardia Republicana), y 150.000 reservistas.

El Ejército de Tierra, con 110.000 efectivos, 35.000 profesionales y 75.000 conscriptos, cuenta con una fuerza de maniobra de dos divisiones acorazadas y una brigada acorazada independiente, dos divisiones mecanizadas y tres brigadas mecanizadas independientes, una división aerotransportada y dos brigadas motorizadas. Posee un millar de carros de combate y el doble de vehículos blindados, la inmensa mayoría de procedencia soviética.

La Armada, con 14.000 efectivos, dispone de dos submarinos clase Kilo, tres fragatas clase Koni, seis corbetas y tres buques anfibios, además de patrulleros y buques logísticos. La Fuerza Aérea consta de 125 aviones de combate, encuadrados en un escuadrón de cazabombarderos MIG23, uno de MIG25, cuatro de MIG29 y cuatro de ataque al suelo de SU24 y SU30, además de cuatro escuadrones de transporte y siete de helicópteros de transporte, junto con 33 helicópteros Mi24 Hind.

Las Fuerzas Armadas constituyen, pues, un poderoso instrumento convencional, y su gran cantidad de vehículos le facilitan una estimable movilidad táctica. Sus relaciones con Francia y, en los últimos tiempos, con Estados Unidos y la OTAN, le están permitiendo una rápida modernización en procedimientos y la adquisición de materiales más sofisticados. Su experiencia victoriosa en una larga guerra de contrainsurgencia, donde ha sabido mantener la cohesión, le ha proporcionado un impulso moral considerable.

Sin embargo, el hecho de que la mayoría de los efectivos no sean profesionales rebaja el estándar de eficiencia operativa. La procedencia soviética del material y la obsolescencia de algunos de sus materiales imponen limitaciones logísticas y de compatibilidad con las fuerzas armadas de la OTAN y de los países de la Unión Europea, y una fuerte dependencia de Rusia en mantenimiento. La modernización y sustitución de estos materiales seguirán imponiendo un alto gasto de defensa a medio y largo plazo.

Los mayores problemas de seguridad de Argelia son la latente y esporádicamente activa insurgencia yihadista, y el control de sus largas fronteras terrestres (6.343 kilómetros en total, de ellos 982 con Libia, 1.376 con Malí, 463 con Mauritania,1.559 con Marruecos, 956 con Níger, 965 con Túnez y 42 con el Sáhara Occidental), y 1.200 kilómetros de costa, prácticamente imposibles de controlar con los medios de que dispone, si bien las excelentes relaciones con Malí, Níger Y Mauritania han impulsado el establecimiento de líneas de colaboración con los Estados Mayores de sus Fuerzas Armadas y con el AFRICOM, como el CEMOC. La frontera con Marruecos permanece, por el momento, como foco de tensión entre los dos países y distrae importantes elementos militares de ambos. La ventaja argelina sobre su vecino es la vulnerabilidad más importante de este: la amenaza permanente del Frente Polisario en el Sáhara Occidental.

La evolución de las amenazas: escenarios posibles y su incidencia en la seguridad de España

Superada la insurgencia yihadista, los problemas de fondo de Argelia subsisten: las rentas del petróleo y el gas no han logrado aún la creación de una importante clase media que atempere los vaivenes políticos, y la sociedad demanda reformas profundas que acaben con los desequilibrios sociales y combatan eficazmente la corrupción. La delicada salud del anciano presidente Buteflika preludia una probable lucha interna en el seno del FLN por el poder, que puede tener consecuencias en la cohesión de las Fuerzas Armadas y de seguridad, dando alas a los grupos yihadistas y disidentes que aún no han dicho la última palabra.

Si el gobierno actual del FLN no satisface de algún modo las expectativas sociales, el rebrote de la violencia podría volver a producirse, bien en los focos de disidencia en la región de Kabilia o en las grandes ciudades

o materializándose en ataques terroristas a las numerosas y dispersas instalaciones de extracción de recursos energéticos o a los oleoductos que los conducen a la costa.

Un conflicto interior en Argelia tendría importantes repercusiones en España por nuestra dependencia energética de dicho país; el colapso del sistema político vigente sería muy grave para nuestra seguridad, y una eventual alianza con Marruecos en caso de que el islamismo radical se impusiera en ambos países constituiría una amenaza gravísima en el Mediterráneo en general, y para España en particular. Aunque ello es altamente improbable, se impone, como en el caso de Marruecos, una estrecha colaboración con los Gobiernos de ambos países en los campos del intercambio de inteligencia y de la lucha antiterrorista.

La actual inestabilidad del Sahel y la práctica imposibilidad de impermeabilizar las fronteras del sur añade un factor de inseguridad al panorama argelino, e impone la adquisición y utilización de medios espaciales y aéreos de control del territorio. Es de prever un estrechamiento de las relaciones del Gobierno de Argel con Occidente, ya importantes, y un uso creciente de tecnología occidental en sistemas y equipos de seguridad.

Conclusiones

En las actuales circunstancias, un conflicto militar entre España y Argelia es impensable. La visita en enero pasado del ministro de Defensa español a Argel significa un refuerzo de la cooperación militar entre los dos países tanto a nivel bilateral como en el marco de la OTAN y de la iniciativa 5+5. La estabilidad y prosperidad de Argelia inciden muy positivamente en la seguridad de España.

Cualquier hipotética intervención sería para apoyar, en el marco de la ONU, la OTAN o una coalición internacional, el sistema político vigente en Argelia contra una eventual amenaza contra los valores democráticos que preconiza, y que son aceptados por una inmensa mayoría del pueblo argelino. En todo caso, el ambicioso plan de rearme de las Fuerzas Armadas y el alto porcentaje del PIB dedicado a su modernización impone el seguimiento del aumento del poder militar argelino y la atención al mantenimiento de un suficiente nivel de disuasión.

Mauritania

Un pueblo en busca de su identidad nacional

Pueblo de nómadas y de comerciantes asentados durante siglos en las rutas del comercio transahariano, receptor después de las migraciones de pueblos africanos a través del río Senegal, Mauritania es un estado

con una estructura muy débil que gobierna un territorio muy extenso. Su superficie, de 1.030.700 kilómetros cuadrados, está casi totalmente ocupada por el desierto del Sáhara, salvo una franja muy pequeña al sur, en la margen derecha del río Senegal, que sirve como frontera común con el país del mismo nombre. El inmenso país tiene 754 kilómetros de costa y una extensión fronteriza terrestre de 5.074 kilómetros, compartidos con Marruecos (1.561), Argelia (463), Malí (2.237) y Senegal (813). La desertificación y las persistentes sequías han ido reduciendo la superficie aprovechable para usos agrícolas o ganaderos, provocando la disminución de la población dedicada al nomadeo, históricamente del 90% y ahora reducida al 25%, y la concentración de dicha población en las escasas ciudades existentes, fundamentalmente en la capital, Nouakchott, y en Nouadibú, ambas en la costa, donde una gran parte vive en condiciones de pobreza extrema. El marco físico es extremadamente inhóspito y el cambio climático continúa agravando las condiciones de vida; más del 42% de los mauritanos vive por debajo del umbral de pobreza.

Cuna de los almorávides, Mauritania es el resultado de las luchas entre árabes y bereberes a lo largo de su historia, que se saldó con el triunfo de los árabes Beni Hassán sobre los bereberes y la estratificación social en un país de castas, familias y tribus, donde aún persiste la esclavitud a pesar de haber sido abolida en 1980 y criminalizada en 2007. Ocupada por Francia en 1902, obtuvo su independencia el 28 de noviembre de 1960. Con una población de poco más de tres millones y medio de personas, es el más pobre y menos poblado de los Estados del Magreb. Las distintas procedencias de sus habitantes —árabes, bereberes, mulatos y negros mauritanos— la estratificación social en castas étnicas diferenciadas, y sus diversas culturas, han generado una sociedad diversa que, desde la independencia, sus dirigentes han tratado de cohesionar mediante el islam, generando resistencias en la población negra procedente del sur. La búsqueda de la identidad nacional —«Mauritania es un país que aún está buscando un Estado», según Paul Balta— es el principal objetivo del país para salir del marasmo económico, político y social y encontrar su estabilidad y su lugar en el mundo.

Soberanía frágil y pobreza endémica

Mauritania no está falta de recursos naturales. Su suelo encierra yacimientos de yeso, mineral de hierro, cobre, fosfatos, diamantes, oro y petróleo, además de una riqueza pesquera considerable en sus aguas territoriales, por lo que su pésima situación económica es producto de la acción combinada de la corrupción y de la ausencia de un aparato estatal eficiente debido a la injerencia del poder militar, a la estructura tribal de su estratificada sociedad, a la persistencia de la esclavitud y la discriminación, al deficiente sistema educativo y, como consecuencia, a la falta

de personal cualificado en la Administración y en la actividad privada. En ese contexto, su población vive, en su mayoría, una existencia precaria, con una tasa de desempleo del 20% y un 80% trabajando en la economía informal. La mitad de sus habitantes es analfabeta, y la esperanza de vida es de apenas sesenta años, mientras la media de edad es de menos de veinte años. Las comunicaciones son precarias, con casi todas sus carreteras sin asfaltar; el único ferrocarril es el que une Zouerat con Nouadibú para dar salida a las minas de hierro de Zouerat, explotadas por Francia.

Las reservas de petróleo de Mauritania, cuya explotación comenzó en 2007, se estiman en quinientos millones de barriles, con yacimientos en el interior del país y principalmente en la costa, explotados por compañías extranjeras. Los recursos pesqueros son explotados en gran parte por España, junto con otros países europeos. Los recursos energéticos significan el 75% del PIB del país, cuyo montante total es de alrededor de unos 6.000 millones de dólares anuales. Se calcula que un 25% de la población se dedica al sector primario, un 29% a la construcción y el resto al sector servicios. Su enorme déficit alimentario provoca que el 70% de los alimentos que se consumen provenga de la importación y de la ayuda exterior, procedente, principalmente, de la ONU. Mauritania es, por tanto, un país extremadamente frágil y expuesto en grado sumo a todas las amenazas endémicas de la región, desde el yihadismo a las crisis humanitarias.

La pugna entre la modernidad y el islamismo, claves de un liderazgo discutido

En su corta historia, Mauritania ha sufrido cinco golpes de Estado protagonizados por militares. Después de su primer presidente, Moktar Ould Daddah, que lideró los destinos del país durante casi diecinueve años y que concibió Mauritania como un nexo de unión entre el África negra y el Magreb, basando su identidad nacional en la asunción del islam como fuente de los valores nacionales, se ha sucedido una serie de revisiones constitucionales al compás de los golpes de Estado que no han conseguido hacer despegar la economía hacia el bienestar ni establecer las bases de la cohesión social.

El país se encuentra dividido étnica, cultural y económicamente, sustentado en la vida política por la cultura del *hombre fuerte,* cuyo liderazgo se discute por la oposición, donde se mezclan partidos que preconizan la modernidad bajo modelos de programa copiados de la antigua metrópoli y partidos islamistas que viven alternativamente entre la represión y la relajación de la presión sobre sus militantes, en un afán gubernamental de atraer a los moderados a su causa. En este contexto, el poder del actual presidente, Mohamed Ould Abdelaziz, protagonista del golpe de

Estado de 2008 y presidente desde 2009, es considerado un factor de estabilidad por Occidente y un aliado fiable en la prevención y erradicación de las múltiples amenazas que se ciernen sobre el eslabón más débil del Magreb y, por extensión, sobre todo el flanco occidental de África y el Sahel.

las fuerzas armadas: capacidades y carencias

Las Fuerzas Armadas mauritanas, consistentes en 15.850 militares, de ellos 15.000 pertenecientes al Ejército de Tierra, seiscientos a la Armada y 250 a la Fuerza Aérea, disponen de un presupuesto de poco más de cien millones de dólares anuales para su funcionamiento, lo cual los hace operativamente irrelevantes e incapaces de asegurar un territorio extenso y unas fronteras terrestres y marítimas colosales. Su organización territorial y su anticuado equipamiento en armamento y material los vuelven sumamente frágiles frente a cualquier adversario. Desde el punto de vista político, esta fragilidad se traduce en evitar a toda costa cualquier enfrentamiento que produzca un desgaste de su imagen o de su potencia, tan necesarios para asegurar la pervivencia del sistema político y de un clima social con un mínimo nivel de estabilidad.

Las unidades operativas se reducen a un escuadrón acorazado de reconocimiento, un batallón de carros de combate y quince batallones de infantería de los que ocho son de guarnición, sin ninguna movilidad táctica. Tres grupos de artillería, cuatro baterías antiaéreas y una compañía de ingenieros completan su capacidad operativa, sin contar pequeñas unidades de patrulla a camello. La Marina de guerra se reduce a patrulleros, la mayoría de ellos donados por la Unión Europea o Francia, y el Ejército del Aire, a unos pocos aviones y helicópteros.

Los escasos recursos no permiten una política coherente de adquisiciones, por lo que la defensa del país en un caso extremo depende de la ayuda y, en último término, de la intervención exterior. En este sentido, el enorme factor de riesgo resultante de la combinación de una extrema fragilidad política y militar con la amenaza de Al Qaeda del Magreb Islámico y los grupos terroristas del Sahel, como el MUYAO y Ansar Din, ha dinamizado la ayuda militar de Estados Unidos a través del programa de adiestramiento conjunto-combinado Flintlock, como parte de la Iniciativa Contraterrorista Transahariana puesta en marcha en 2004 como continuación de la iniciativa Pan-Sahel. Tras la creación del AFRICOM en 2007, Mauritania y los países de su entorno se benefician del impulso y colaboración estadounidenses en el desarrollo de las capacidades antiterroristas de sus Fuerzas Armadas y de seguridad. Es de particular importancia la pertenencia de Mauritania al Comité de Estado Mayor Operativo Conjunto (CEMOC), que integra militares de Argelia, Malí, Níger y Mauritania,

que tiene su sede en Tamanrasset y que, sobre todo, mantiene lazos de colaboración y cooperación con el AFRICOM.

La evolución de las amenazas: escenarios posibles y su incidencia en la seguridad de España

Mauritania está sujeta a una numerosa y compleja serie de amenazas, pero la mayor de todas es el terrorismo yihadista. El país, por sí solo, es incapaz de garantizar la seguridad de su población y de sus recursos. La extensión de sus fronteras terrestres y marítimas lo hace permeable a todo tipo de tráficos ilegales. El actual escenario político depende, en gran medida, de su presidente, que por el momento asegura la firmeza frente al islamismo radical y la cooperación con Occidente, aunque sin mezclarse en ninguna operación fuera de sus fronteras. El conflicto maliense ha provocado el desplazamiento de casi medio millón de personas en el Sahel, y la dispersión de los terroristas. El escenario más peligroso es la desestabilización del régimen y la transformación de Mauritania en un Estado fallido, por lo que la prevención y la cooperación al fortalecimiento de las Fuerzas Armadas mauritanas es de vital importancia.

La inestabilidad de Mauritania incidiría de forma directa en la seguridad de España, aunque solo la intervención militar de Estados Unidos o, en su caso, de la OTAN, sería lo suficientemente eficaz para asegurar la protección del país y la continuidad de la acción del Estado.

En todo caso, España debe permanecer atenta a la evolución política y económica del país, y asegurar la impenetrabilidad de su espacio de soberanía canario frente a cualquier eventualidad, mediante la adopción de las medidas necesarias para el control marítimo y aéreo del archipiélago.

Conclusiones

El objetivo de una intervención militar exterior en Mauritania sería, con toda probabilidad, la defensa de la viabilidad del Estado frente a una agresión exterior importante, dada su incapacidad para combatirla por sí solo. Es altamente improbable el escenario de una intervención unilateral, salvo en caso de una grave amenaza directa a las islas Canarias tras un colapso del sistema político vigente. Cualquier otro escenario de intervención lo sería en el marco de una coalición internacional para asegurar la supervivencia del Estado mauritano, fundamentalmente para asegurar las fronteras y los recursos económicos del país contra agentes foráneos, tanto estatales como no estatales. La creación del CEMOC, ya citado, y las relaciones militares de Mauritania con Occidente, fundamentalmente en la lucha contraterrorista y en la ayuda en adiestramiento y equipamiento militar, constituyen medidas básicas para mantener la estabilidad del

país. La ayuda económica y técnica que favorezca la modernización del Estado y la percepción de perspectivas de futuro en la población es clave para prevenir el auge del fundamentalismo y la extensión de los conflictos que hoy existen al sur de sus fronteras.

Túnez

Una vieja nación, una sociedad consciente de sus valores

Túnez es el más pequeño de los Estados del Magreb (163.610 kilómetros cuadrados), su población es de unos 10,3 millones de habitantes y su historia lo consagra como el más antiguo en constituir una entidad política y administrativa manteniendo básicamente sus fronteras actuales. Tras la destrucción de Cartago, los límites de la entonces creada provincia romana de África no difieren en gran medida del actual territorio tunecino, que se mantuvo como unidad política bajo los vándalos de Genserico, los bizantinos, los omeyas y abasíes, los otomanos y, finalmente, los franceses, que concedieron la independencia al país en 1957.

Túnez ocupa la franja occidental del entrante del Mediterráneo que se extiende hacia el este delimitando en su totalidad el norte de la actual Libia. El relieve septentrional del país es montañoso, configurado por las dos ramas de las estribaciones orientales del sistema del Atlas, entre las cuales discurre el río Medjerga, el principal curso de agua tunecino. El centro lo ocupa una meseta descendente hacia el sur, donde se encuentran los lagos salados o chotts, antesala del desierto, que ocupa un 40% de la superficie total. Con 1.300 kilómetros de costa, el país tiene una frontera con Argelia de 965 kilómetros en el oeste, y de 465 kilómetros con Libia, con quien comparte límites al sur y al este. El clima es mediterráneo en la mitad norte y desértico en el resto.

Estancamiento económico y crisis social

Con un PIB de 49.900 millones de euros y una renta per cápita de 4.534 dólares, la segunda del Magreb después de Libia, los positivos datos macroeconómicos de la era de Ben Alí ocultaban, sin embargo, una enorme desigualdad entre las regiones y una importante intrusión corruptora de las instancias políticas en la actividad económica, que dio como fruto amplias bolsas de desempleados, sobre todo en el segmento más joven de la población.

Aunque la actividad agrícola —que contribuye con un 11% al PIB y emplea al 18% de la población— ha conseguido para Túnez un nivel de seguridad alimentaria suficiente, adolece de los defectos que empañan el desarro-

llo agrícola magrebí: desertización, falta de inversiones e insuficiente desarrollo del medio rural. La industria, muy diversificada, representa un 33% del PIB, y los servicios —singularmente, el turismo, con cifras de 6,5 millones de visitantes hasta tiempos recientes—, el casi 50% restante. La inestabilidad ha mermado considerablemente la afluencia de turistas, con el consiguiente impacto sobre la actividad de los demás sectores, agravando en gran medida la crisis de la economía.

Las regiones más desfavorecidas son las provincias del centro oeste y la región minera de Gafsa, que ya sostuvo una importante lucha social contra el régimen de Ben Alí y que ahora la ha iniciado de nuevo contra el actual Gobierno de coalición. En definitiva, las promesas económicas del Gobierno de crear 400.000 empleos se han reducido a la oferta de 20.000 puestos públicos y a un injusto reparto de estos, en gran medida a partidarios de Ennahda, el partido islamista mayoritario. El clima social en un escenario de estancamiento económico empeora día a día.

Marco político: el difícil equilibrio entre islam y democracia

La dicotomía climática entre el Mediterráneo y el desierto, entre un norte dinámico y poblado y un sur pobre y subdesarrollado, se refleja hoy en día, a partir de la Primavera Árabe, que tuvo su cuna en Túnez en enero de 2011 con la inmolación, el 17 de diciembre del año anterior, del joven Mohamed Bouazizi, en una pugna política y una amenaza de insurgencia terrorista que divide y ensombrece el panorama social y el futuro del país. Sin embargo, la historia reciente del Estado tunecino ha sido, a partir de su independencia de Francia y hasta la caída del presidente Ben Alí, relativamente estable. Tras un corto período de monarquía constitucional tras recuperar su soberanía, se impuso un sistema republicano semipresidencialista de la mano de Habib Burguiba, instaurador de un régimen caracterizado por el pragmatismo y sustentado en la visión política y la capacidad de maniobra del veterano luchador, impulsor de una república inspirada en los valores de la metrópoli y que constituyó, hasta su derrocamiento, en 1987, un referente en el mundo árabe por su trayectoria y su personalidad. El legado de Burguiba, que se mantuvo en el poder durante treinta años, aún subsiste y constituye el sustrato ideológico de una parte de la población que se mantiene firme en la pugna por la defensa de los derechos democráticos y la igualdad, singularmente la de las mujeres, amenazada por el islamismo gobernante.

Sucedido en el poder por Zine el Abidine Ben Alí —su jefe de la policía secreta primero y segundo en el Gobierno hasta que le apartó del poder tras un golpe de Estado palaciego— la estabilidad política y un sostenido progreso debido a las exportaciones agrícolas y al floreciente turismo fue el signo distintivo de Túnez hasta que el descontento producido por la corrupción, la crisis de la economía y la falta

de mecanismos políticos adecuados al dinamismo social precipitó el derrumbe del sistema, la celebración de elecciones —que fueron ganadas por los islamistas— y la llegada al poder de un Gobierno que intenta islamizar el país entre la presión de los radicales salafistas y yihadistas, que ya han perpetrado varios asesinatos políticos, y la creciente oposición de un pueblo que ve amenazados sus deseos de libertad y democracia. La falta de acuerdo sobre la configuración del Estado está alargando el proceso constituyente mientras la tensión social aumenta. En este escenario, la deteriorada situación de la vecina Libia y los recientes sucesos en Egipto hacen imprevisible el futuro del país a corto y medio plazo.

El partido islamista Ennahda, una sucursal tunecina de los Hermanos Musulmanes, ganó las elecciones legislativas celebradas tras la Revolución del Jazmín, y gobierna en coalición con otros dos: el Ettakatol, socialdemócrata, y el Congreso para la República, progresista. Las fricciones y los desacuerdos son constantes en un Gobierno de formaciones tan dispares, y entre el Gobierno y una oposición donde se mezclan antiguos seguidores de Ben Alí con salafistas radicales.

Por si no fuera suficiente, Túnez es el único Estado gobernado por islamistas donde opera una guerrilla yihadista radical, que se ha hecho fuerte en la zona montañosa de la sierra de Chaambi, en la provincia occidental de Kasserine, próxima a la frontera con Argelia, que ha motivado la creación, por parte del Gobierno, de *zonas tapón* en las fronteras con Argelia y Libia y que hacen gravitar sobre el país el fantasma de la reciente y cruenta guerra civil argelina.

Las fuerzas armadas: capacidades y carencias

En comparación con las de sus vecinos magrebíes, las Fuerzas Armadas tunecinas son pequeñas, mal dotadas y han sido, tradicionalmente, aisladas deliberadamente del resto de las instituciones del Estado. Más débiles que las fuerzas policiales y las milicias, potenciadas por Ben Alí para ser los baluartes del régimen, el rol político de los ejércitos es muy reducido. Sin embargo, este aislamiento ha producido una intensa profesionalización y la neutralidad política de sus cuadros, que es una de las causas de su falta de apoyo a Ben Alí y de su ejemplar comportamiento durante el espinoso proceso de transición.

La crisis económica no permite la modernización de las Fuerzas Armadas para hacer frente a los retos del país, singularmente a la amenaza yihadista. El personal de reduce a 35.800 militares (27.000 en el Ejército, 4.800 en la Armada y 4.000 en la Fuerza Aérea), con un presupuesto anual de apenas 2.000 millones de dólares y material muy obsoleto. La mayoría de personal procede de la conscripción.

Las fuerzas terrestres consisten básicamente en tres brigadas mecanizadas y dos de infantería ligera, dotadas de carros M60 A1 y A3 y vehículos M113, Saladín y Kurassier. La artillería, con 115 piezas de 105 milímetros y 67 de 155 milímetros, es mayoritariamente remolcada. La Armada cuenta con 25 patrulleros, y la Fuerza Aérea, con un escuadrón de cazabombarderos F5E/F5F; el total de aviones de combate es de 24.

La evolución de las amenazas: escenarios posibles y su incidencia en la seguridad de España

En su reciente despedida, el general Rachid Ammar, jefe del Estado Mayor de la Defensa, expresó sus temores sobre una posible *somalización* del país: «Temo la existencia de campos de entrenamiento yihadistas en Túnez. Hay fábricas de minas en nuestro país, y no tenemos medios para mantener Túnez de pie». Sus pesimistas palabras traducen la gravedad de los problemas internos y la incapacidad de las Fuerzas Armadas para hacerles frente. Pero el más importante de ellos es la propia incapacidad militar para constituir un firme baluarte de los valores democráticos y las ansias de libertad que impulsó la Revolución del Jazmín. El partido mayoritario, Ennahda, está dividido en dos corrientes, y, aunque la moderada gobierna, la radical impide un acuerdo pluripartidista que establezca las bases de una sociedad consensuada. El terrorismo y la actividad insurgente en Chaambi pueden hacer añicos una sociedad frágil. El caos en Túnez tendría consecuencias desastrosas para Argelia y Libia e influiría gravemente sobre la seguridad de España.

Conclusiones

Como en el resto de los países del Magreb, la posibilidad de una intervención armada unilateral de España es muy remota. La opción más adecuada en estos momentos es la de estrechar la colaboración con el país en los foros europeos y mediterráneos y prestarle la ayuda necesaria para solucionar sus problemas económicos y modernizar sus Fuerzas Armadas para fortalecer el Estado, siempre con el compromiso de este de respetar los valores asentados en el pueblo tunecino y la voluntad de establecer las bases de una sociedad moderna. En este sentido, la reciente declaración por parte del primer ministro tunecino de Ansar al Sharia, muy activa en Túnez y otros países del Magreb, como organización terrorista, tras el asesinato de ocho soldados, degollados en Chaambi con la consiguiente reacción popular en contra del Gobierno, parece suponer el fin de la contemporización de los dirigentes con el islamismo radical. La ayuda argelina es crucial para aislar los focos insurgentes, cuya aniquilación enviaría un signo positivo de la voluntad gubernamental de no permitir la radicalización; en esa tarea debe prestarse a Túnez toda la ayuda que solicite.

Libia

Un mar de arena que esconde tesoros

La Libia que conocemos es obra de Italo Balbo, gobernador colonial italiano que unió las regiones de Cirenaica y Tripolitania, en manos de jeques beduinos hasta su ocupación por Italia en 1912, cuando se encontraba aún bajo la soberanía nominal del Imperio otomano, cuya debilidad lo incapacitó para oponerse a las ansias de la Italia de Mussolini, empeñada en construir su propio espacio colonial en África. Hasta entonces, la tierra libia había seguido las vicisitudes históricas de sus vecinos desde los tiempos de Cartago.

El país tiene una extensión de 1.759.540 kilómetros cuadrados, desérticos en más del 98% de la superficie, que guarda en el subsuelo, bajo las tórridas arenas, dos tesoros de valor incalculable: unas enormes reservas de petróleo y gas y un lago subterráneo de al menos 150.000 kilómetros cuadrados, que han permitido la construcción del llamado Gran Río Artificial, que traslada el agua extraída a las ciudades costeras.

Libia tiene fronteras con seis países, todas ellas muy extensas: 982 kilómetros con Argelia, 1.055 kilómetros con Chad, 1.115 kilómetros con Egipto, 354 kilómetros con Níger, 383 kilómetros con Sudán y 489 kilómetros con Túnez, además de 1.770 kilómetros de costa. Todo ello hace del país una extensa plataforma de irradiación tanto de combatientes islamistas radicales como de armamento y material hacia el resto del Magreb y el Sahel.

Una población escasa y joven en busca de su futuro.

Los apenas seis millones y medio de personas que pueblan el país (datos de 2012) se concentran en la costa y en los núcleos surgidos alrededor de los yacimientos; casi 170.000 de ellos son extranjeros. En total, un 77,7% de la población es urbana. Entre los libios, más del 97% es de origen árabe o bereber, y la inmensa mayoría son musulmanes sunitas.

La juventud es un rasgo distintivo de la población, con un 46% menor de 24 años y una edad media del conjunto de 27 años. El índice de alfabetización es del 89,5% y la esperanza de vida asciende a los 75,83 años. Con un crecimiento económico anual del 4,8% y una renta per cápita de 12.300 dólares, no debería tener, en una situación estable, los problemas económicos inherentes al crecimiento demográfico. Sin embargo, el paro afecta al 30% de los libios en edad de trabajar, y la situación política y social no ayuda en absoluto a mejorar las condiciones de vida de la mayoría. La desestructuración del país prácticamente desde su constitución como Estado es un grave obstáculo para la puesta en práctica de medidas que

puedan cambiar el panorama económico del conjunto de la población. En ese contexto, la ideología yihadista prende en un caldo de cultivo propicio.

El progreso económico, lastrado por la inestabilidad de un estado frágil

Libia es el primer país de África y el noveno del mundo en reservas de petróleo. El sector energético supone, en el 95% de las exportaciones, el 80% del PIB y el 99% de los recursos del Estado. El nivel de producción de la época de Gadafi (1,8 millones de barriles diarios) podría sostenerse durante más de 63 años con la explotación de los actuales yacimientos. Las enormes reservas de agua fósil del subsuelo podrían permitir la irrigación de tierras que aumentaran el porcentaje de tierra productiva (un escaso 2% actualmente), y atender a las necesidades de agua de la población.

Sin embargo, el derrocamiento de Gadafi no ha producido la estabilidad deseada. Las elecciones de julio de 2012 al Congreso Nacional Libio, para cubrir sus doscientos escaños —ochenta para los partidos políticos constituidos y 120 para políticos independientes— y a las que se presentaron 142 organizaciones políticas, dieron como resultado el triunfo, aunque no por mayoría absoluta, de la Alianza de Fuerzas Nacionales —un conglomerado de una cincuentena de formaciones con predominio liberal e islamista moderado—, liderada por Mammoud Jibril, que obtuvo 39 escaños, seguida del partido islamista Justicia y Construcción, con diecisiete. La tercera posición la obtuvo el Frente Nacional, con tres escaños. El Gobierno salido de las elecciones, presidido por Alí Zeidan, ha sido hasta ahora incapaz de imponer su autoridad y, lo que es más importante, de poner en pie unas Fuerzas Armadas y de seguridad que puedan imponerse a las milicias de antiguos rebeldes contra Gadafi y que aún mantienen no menos de trece brigadas, con efectivos que varían de unas pocas decenas a varios millares de hombres, ligadas a ciudades, movimientos ideológicos o clanes locales. El resultado es una sucesión de asesinatos políticos (solo en Bengasi se han perpetrado 61 desde el fin de la revolución) y una situación cada vez más deteriorada. El asesinato del embajador norteamericano Chris Stevens el 11 de septiembre de 2012 en Bengasi es clara muestra de la falta de control del Gobierno sobre los acontecimientos.

Las fuerzas armadas: capacidades y carencias

Aunque se estima que el Gobierno ha destinado un 3,1% del PIB para la construcción de un nuevo Ejército, puede decirse que, hoy en día, la Libia post- Gadafi no dispone aún de él, y según el general Khalifa Belgacem Haftar, jefe del Estado Mayor de la Defensa, aún tardará entre tres y cinco años en tenerlo. El proyecto de llegar a corto plazo a la cifra de 50.000 hombres en el Ejército —aproximadamente los efectivos del ejército ga-

dafista— y la solicitud de instructores a Francia e Italia, que ya han comenzado su labor, no parece que vayan a dar frutos a corto plazo, por lo que una parte de la escasa capacidad militar del Estado la proporcionan las antiguas brigadas rebeldes no desmovilizadas que han decidido apoyar al Gobierno, a veces en pugna con otras.

La Armada, que, según estimaciones de 2012, aún poseía una fragata tipo Koni, dos dragaminas y un submarino, no está en absoluto operativa, y el Ejército del Aire, con unos pocos cazabombarderos MIG 21 y 23, tampoco. Una gran parte del presupuesto deberá consumirse en reconstruir las bases dañadas durante la guerra y recuperar la infraestructura necesaria.

La evolución de las amenazas: escenarios posibles y su incidencia en la seguridad de España

La evolución de la situación en Libia es preocupante. La falta de una verdadera articulación del Estado que permita que su acción llegue a todos los rincones, y la inexistencia de unas Fuerzas Armadas que puedan cumplir, al menos, las misiones de garantizar las fronteras dibujan un escenario de extrema fragilidad donde todo es posible. La impunidad con que se perpetran los asesinatos de personalidades políticas mina la resistencia de la población y conduce a la desesperanza y a la radicalidad. Del mismo modo, las organizaciones terroristas que operan en el Magreb y las que se han retirado de Malí tienen en Libia el santuario ideal para continuar sus acciones. En este contexto, y pese a la relativa lejanía física, la amenaza de desestabilización del Magreb que plantea una Libia en llamas es un factor de inseguridad para España de primera magnitud.

Conclusiones

Al igual que Mauritania y, en menor medida, Túnez, Libia es un país que hoy en día no es capaz de asegurar por sí mismo su propia seguridad, ni interior ni exterior. Su extrema fragilidad lo convierte en un foco potencial de subversión en una región ya amenazada de forma múltiple por todo tipo de problemas.

El nombramiento de una nueva embajadora norteamericana, Deborah Jones, en sustitución del asesinado Chris Stevens, debería significar un punto de inflexión para impulsar una política consistente y eficaz de Occidente, empleando medios diplomáticos, financieros, militares y de inteligencia que permitan el robustecimiento institucional y militar del Estado libio y asegure el control de sus fronteras, como medio para abortar el surgimiento de un *Estado fallido* en el norte de África, de catastróficas consecuencias para todos. No es descartable una intervención militar internacional en el caso de grave amenaza de colapso institucional del país. En esas circuns-

tancias, la participación de España, en unión de sus aliados atlánticos y europeos, para contribuir a la estabilización del Estado libio, sería, por razones estratégicas, de seguridad y de solidaridad, inevitable.

EL Sáhara Occidental

Un trozo de África que mira a Canarias

El Sáhara Occidental es un espacio de 267.405 kilómetros cuadrados de extensión, que constituye, con Mauritania, la fachada atlántica del desierto sahariano. En esencia, es una planicie que desciende suavemente del interior hacia la costa, que es rectilínea y no dispone de puertos naturales. Las formaciones del suelo se corresponden con los tres modelos saharianos: el erg, zona arenosa de dunas; la hamada, o llanura de suelo duro, y el adrar, de suelo rocoso. La hidrografía es nula, y las precipitaciones son de cien milímetros de media en el litoral y de menos de cincuenta milímetros en el interior. La capital, El Aaiún *(la fuente),* está situada a treinta kilómetros de la costa. La extensa llanura está compartimentada por algunas alineaciones montañosas de tipo arcaico; existen algunas depresiones (sebjas) por debajo del nivel del mar. Acacias espinosas, argán en la Saguía al Hamra, palmeras en El Aaiún, Esmara y algunos oasis, matojos y euforbios cactiformes constituyen lo principal de la escasa vegetación.

Si bien no coinciden exactamente con sus actuales líneas fronterizas, delimitadas por los acuerdos entre España y Francia a principios del siglo xx, sus límites históricos se extienden desde el río Draa al norte hasta la Güera, en la península de Cabo Blanco; en el este, la frontera es una línea en zigzag con una breve frontera con Argelia en la región de Tinduf. En total, las fronteras terrestres del territorio suman 2.016 kilómetros: 443 con Marruecos, 42 con Argelia y 1.561 con Mauritania. Su costa tiene una extensión de 1.310 kilómetros.

En el territorio vive actualmente una población estimada de 570.000 personas, entre saharauis originarios, emigrantes marroquíes —tanto del Marruecos histórico como de la región de Tarfaya, que anteriormente formaba parte del Sáhara hasta su cesión por España a Marruecos en 1958— y tropas de guarnición en el territorio. Unos 170.000 refugiados viven en condiciones precarias en campamentos situados en el lado argelino de la frontera entre este país y el Sáhara Occidental. Las principales riquezas son la pesca y la extracción de fosfatos.

La especificidad de sus lazos históricos con España

Todo lo referente al Sáhara Occidental suscita emociones entre los españoles, muy sensibles a las circunstancias que vive el pueblo saharaui,

una sensibilidad que se traduce en el constante apoyo a los refugiados y a la acogida en muchos hogares de toda España a niños procedentes de los campamentos de Tinduf, singularmente en la época estival.

Este acercamiento se debe a la existencia de los lazos históricos creados entre España y el Sáhara a raíz de la penetración española en el territorio a partir de 1934, aunque previamente las expediciones de Emilio Bonelli en 1884 y de Francisco Bens en 1903 habían proporcionado argumentos a Madrid para ocupar, de acuerdo con el criterio de Cánovas de no permitir, al inicio de la pugna colonial europea en África, que ningún país tuviera el control efectivo de un territorio situado enfrente de una costa española, y este era el caso de las islas Canarias.

Las circunstancias de la firma de los Acuerdos de Madrid en 1975, de la repartición del Sáhara Occidental entre Marruecos y Mauritania y de la administración exclusiva marroquí desde 1979, la guerra del Sáhara entre el Frente Polisario y Marruecos desde 1975 hasta el alto el fuego de 1991, y el actual *impasse* diplomático lo han convertido, en palabras de Fernando M. Mariño en su prólogo del libro *El conflicto del Sáhara Occidental,* en un conflicto de descolonización no resuelto, pues, aunque el marco jurídico de su resolución está bien definido por el derecho internacional,

[...] los elementos extrajurídicos interfieren de tal manera en la solución que las perspectivas de esta siguen siendo oscuras. Porque, en efecto, interfieren tanto la ambición territorial expansiva del vecino marroquí cuanto la exigüedad demográfica del pueblo saharaui, a los que hay que añadir la acción diplomática de Francia a favor de su aliado alauita, una cierta indolencia que ha lindado a veces con la «neutralidad», de la diplomacia española y un cierto desinterés de la comunidad internacional y de su principal potencia en cuanto a hacer respetar el derecho internacional.

El hecho es que, según la Resolución 2002/161 del Departamento Jurídico de las Naciones Unidas, «los Acuerdos de Madrid no han transferido la soberanía del Sáhara Occidental ni han otorgado a ninguno de los firmantes el *status* de potencia administradora, *status* que España no puede transferir unilateralmente». (Tomás Bárbulo. *La historia prohibida del Sáhara español*).

La evolución de las amenazas: escenarios posibles y su incidencia en la seguridad de España

La cuestión del Sáhara Occidental, a pesar de la situación anómala de incertidumbre que planea sobre administradores de facto y administrados, es hoy en día un conflicto de orden secundario en el escenario internacional. El hecho cierto es que el Frente Polisario que sustenta la autoprocla-

mada y reconocida República Árabe Saharaui Democrática no tiene ni la capacidad militar ni el predicamento suficiente para hacer que el derecho internacional se aplique sobre el territorio.

El escenario más peligroso es un conflicto entre Argelia y Marruecos por este asunto, también altamente improbable, dadas las preocupaciones actuales de los Gobiernos de ambos países por estabilizar sus regímenes e impulsar el desarrollo económico y social de sus ciudadanos.

Conclusiones

En este contexto, la posibilidad de una intervención militar de España, sola o en coalición, es muy remota. Otro caso sería el de proveer fuerzas para implementar una hipotética resolución aceptada por ambas partes, y Argelia también, que pusiera fin al contencioso. Su estatus legal de antigua potencia administradora podría poner al país en la tesitura de contribuir militarmente a la transición hacia un futuro estado saharaui. En cualquier caso, la incidencia grave para España se daría únicamente en caso de grave conflicto entre Argelia y Marruecos.

Conclusiones finales

Aunque las amenazas que enfrenta la totalidad de los Estados magrebíes son similares, la diferente fortaleza de las instituciones y la cohesión social de cada uno de ellos, y singularmente la desigual capacidad de sus Fuerzas Armadas y de seguridad para oponerse con éxito a la amenaza terrorista islamista y al crimen organizado hacen que los riesgos inherentes a esas amenazas no sean comparables.

En este sentido, los países más frágiles son Libia y Mauritania, con una organización estatal muy débil que lleva consigo un déficit de control del territorio y de las fronteras, unido a unas capacidades militares bajo mínimos en Mauritania y prácticamente inexistentes en el caso libio.

Túnez, Argelia y Marruecos, en este orden, parecen los menos expuestos a una desestabilización extrema o, en último extremo, a un colapso de sus actuales sistemas políticos. En Túnez, el peligro deriva de una posible quiebra social entre islam y democracia representativa —que aún no se ha producido y que los responsables políticos parecen haber asumido que no debe producirse, a juzgar por la firmeza antiterrorista mostrada en los últimos tiempos por el Gobierno—, aunque la tardanza en dotarse de un instrumento constitucional consensuado siga alimentando la tensión; Argelia ha salido fortalecida de su sangriento conflicto civil, y Marruecos disfruta de una estabilidad institucional que ha absorbido en el inmediato pasado las convulsiones de

la Primavera Árabe y ha sabido anticiparse constitucionalmente a una buena parte de las demandas sociales. En estos tres Estados subsisten, no obstante, problemas demográficos, políticos, económicos y sociales que exigen constante atención a sus dirigentes y a cuantos países, especialmente España, pueda afectar de un modo u otro cualquier signo de inestabilidad.

El caso del Sáhara Occidental es diferente: administrado de facto en la actualidad por Marruecos, solo un conflicto de envergadura entre Argelia y Marruecos con este territorio como causa, que no parece probable en las actuales circunstancias, puede suscitar una preocupación especial.

La intervención militar unilateral de España en caso de crisis en el Magreb es muy remota, salvo en el caso de un ataque directo o una amenaza inminente y grave a sus territorios en el continente africano o a las islas Canarias; sin embargo, deben estar previstos planes de ejecución inmediata para ser aplicados en este caso, para lo cual es necesaria una labor de inteligencia permanente y un seguimiento actualizado de la evolución de la situación en cada país. Es particularmente importante la infiltración yihadista en Ceuta y Melilla; este problema debe constituir unas de las principales preocupaciones, si no la principal, de los servicios de inteligencia y seguridad españoles.

En el supuesto de participación española en una coalición militar internacional, en caso de graves crisis, tanto en el marco de la OTAN como de la Unión Europea o de cualquier otra organización, es preciso asumir que la enorme extensión de la región magrebí y la longitud y porosidad de sus fronteras internas hacen impensable garantizar la estanqueidad y el aislamiento de cualquier foco de conflicto. A este respecto, la mejor opción, si no la única, es atajar cuanto antes cualquier crisis dondequiera que se produzca, antes de que se origine un contagio que, con la actual movilidad de las células insurgentes y el uso de modernas tecnologías de comunicación por parte de ellas, sería cada vez más difícil de detener. El ejemplo de la intervención francesa en Malí es elocuente a este respecto.

En definitiva, se trata de emplear a fondo los foros de cooperación y de colaboración ya establecidos tanto a nivel bilateral como en los ámbitos mediterráneo y atlántico, tanto a nivel diplomático como económico, financiero, social, militar y de seguridad, para aproximar los niveles de vida de ambas orillas del Mediterráneo y asegurar la estabilidad de los países del Magreb y su marcha por el camino de la democracia, la libertad y el progreso. Y también de emplearse con la máxima firmeza y celeridad en caso de intervención militar, si las circunstancias lo requieren.

Bibliografía

Abadi, Jacob: *Tunisia since the Arab Conquest: The Saga of a Westernized Muslim State,* 2013.

Arief, Alexis: *Western Sahara.* 2013.

Bárbulo, Tomás: *La historia prohibida del Sáhara Español*. Destino, 2012.

Bruce, Ronald: *Libya from colony to revolution.* St.John, 2012.

Echeverría Jesús, Carlos: *Las Fuerzas Armadas Argelinas: desafíos nacionales e internacionales.* Real Instituto Elcano, 2004.

Fuente Cobo, Ignacio y Mariño Menéndez, Fernando M.: *El conflicto del Sáhara Occidental.* Ministerio de Defensa, 2006.

Garon, Lise: *Alianzas peligrosas. Sociedad civil y totalitarismo en el Magreb.* Editorial Bellaterra, 2004.

Hernández de Larramendi, Miguel, y Estrada Mañé, Aurora: *La política exterior española hacia el Magreb.* Editorial Ariel, 2009.

Jensen, Erik: *Western Sahara: Anatomy of a Stalemate?,* 2013.

Khader, Bichara: *Arab inmigration faced with European anxieties.* 2010.

Lacomba, Joan: *Emergencia del islamismo en el Magreb.* Los libros de la catarata, 2000.

Lacomba, Joan: *Sociedad y política en el Magreb.* Los libros de la catarata, 1997.

Library of Congress: Maghreb and Sahel, 2010.

Martínez Montávez: El *reto del Islam. La larga crisis del mundo árabe contemporáneo.* Temas de hoy.1997.

Menéndez del Valle, Emilio: *Islam y democracia en el mundo que viene.* Los libros de la catarata.

Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación: «Fichas País de los países del Magreb».

Pennell, C. R.: *Breve Historia de Marruecos* (2003). Alianza Editorial, 2009.

Sánchez Andrés, Antonio: *Relaciones político-económicas entre Rusia y los países del Norte de África.* Real Instituto Elcano, 2006.

Segura i Mas, Antoni: *El Magreb: del colonialismo al islamismo.* Universitat de Barcelona, 1994.

Stepanova, Ekaterina: *La política rusa en Oriente Medio ante la Primavera Árabe.*

Valdivia, Carlos, y Franco, Pablo: *El Norte de África en la intriga de Al Qaeda, El Magreb como nuevo escenario político internacional.* RIL editores, 2008.

Vandewalle, Dirk: *A History of Modern Libya.* 2012.

Willis, Michel: *Politics and Power in the Maghreb: Algeria, Tunisia and Morocco from independence to the Arab Spring*. Columbia, 2012.

The Military Balance. Chapter Seven: Middle East and North Africa, 2013.

The Military Balance. Chapter Ten: Country comparisons. Force levels and economics, 2013.